

LOS EVANGELIOS DE LA INFANCIA

*Encuentro Bíblico
Rovigo, 10-12 octubre 2003*

Primer encuentro

Este año nos disponemos a afrontar el tema de “Los evangelios de la infancia”, término técnico –escasamente afortunado, por cierto- con el que se indican los dos primeros capítulos tanto del Evangelio de Mateo como del Evangelio de Lucas. Se trata de un argumento un tanto delicado y complejo, más que nada, porque con frecuencia no es entendido del modo adecuado. De hecho, para muchas personas, decir “Evangelios de la infancia”, equivale casi a un sinónimo de Evangelios infantiles, Evangelios para niños, ¡pero nada más lejos de la realidad! En su obra, los evangelistas no pretenden compilar una historia de la vida de Jesús, lo que nos presentan es una lectura teológica de sus hechos y dichos.

No se trata, pues, de una reconstrucción histórica. Si tenéis paciencia para participar en todas las charlas, podréis ir apreciando cómo resulta del todo imposible conciliar el contenido de Mateo con el de Lucas. En el pasado, sin embargo, hasta hace unos 40 años, estaban de moda los evangelios unificados, o “armonizados”, como se les llamaba. Con ellos, se intentaba componer una especie de historia de la vida de Jesús, tomando un trozo de aquí, un trozo de allá. El episodio de la anunciación, por ejemplo, se tomaba de Lucas, el episodio de los reyes magos, de Mateo, etc, de tal modo que se combinaban las piezas formando lo que parecía una historia mas o menos uniforme.

Hoy día esto ya no es posible. Sabemos que cada evangelista se basa para su escrito en datos históricos -que constituyen su propio punto de partida-, elementos que usa libremente, de acuerdo con su plan teológico específico. Hoy, la ciencia bíblica nos permite comprender que estos Evangelios de la infancia no son evangelios infantiles, entrañables relatos escritos para niños, sino que constituyen el resumen sintético de todo el mensaje de Jesús elaborado por Mateo y Lucas.

En otras palabras, lo que tenemos en nuestras manos no son narraciones románticas o pintorescas. En estos pasajes, se nos presenta el nacimiento de Jesús y los primeros acontecimientos relacionados con su vida, pero –especialmente en el caso de Mateo- todo ello está cubierto desde el principio por una aureola dramática y siniestra. No podía ser de otra manera, ya que estos relatos resumen y concentran todo el mensaje y la obra de Jesús.

Iniciamos nuestra exposición analizando la *genealogía* de Jesús. La encontráis en la página que comienza con “*Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob*”, ese pasaje que, cuando es leído en la liturgia, aburre a los fieles soberanamente, pero al sacerdote le crea ansia y pánico porque luego lo tiene que interpretar para todos.

Intentemos hoy hacer esta página un poco más viva y animada. Ante todo, debemos afrontar el capítulo 1 de Mateo, considerado unánimemente por todos los estudiosos como el más difícil y

complejo de toda la obra. Mateo es el único evangelista que comienza su escrito con la genealogía, es decir, exponiendo la lista de los antepasados de Jesús. Lucas también tiene su lista genealógica, pero él la coloca más adelante, al inicio del capítulo 3.

Mateo, pues, es el único que coloca al comienzo de su obra la genealogía de Jesús. Ahora bien, no obstante la importancia que le concede sea grande, en su intención no está reseñar con detalle cómo se llamaban los antepasados del Señor. Su preocupación es de otra índole bien distinta. A Mateo le mueve un motivo exclusivamente teológico. De hecho, si comparamos su genealogía con la de Lucas, salta a la vista la asombrosa falta de coincidencia entre ambas. No concuerdan ni siquiera por lo que se refiere al abuelo de Jesús. Resultan comprensible, hasta cierto punto al menos, que puedan existir desavenencias respecto al bisabuelo o respecto a las generaciones precedentes, pero el nombre del padre de José, después de todo, no debía ser tan difícil de recordar o de informarse con precisión.

Para Mateo, el padre de José se llamaba *Jacob*, mientras que en el evangelio de Lucas es denominado *Eli*. Y esto, a pesar de que no habría resultado empresa imposible confrontar o consultar el nombre. La razón de esta divergencia se halla en el hecho de que al evangelista no le interesa presentar una lista anagráfica, le interesa solo el mensaje teológico. El colmo de los colmos es que una de las mujeres presentes en la lista de Mateo resulta haber dado a luz un hijo... ¡200 años después de morir!. Es cierto que en la Biblia se nos habla de milagros, nadie duda que a Dios todo le es posible, pero... ¡todo tiene un límite!. Pues bien, estas anécdotas nos ayudan a tomar conciencia de que estamos ante una genealogía teológica. Como hemos dicho, los evangelios, si bien manejan datos históricos, los utilizan con libertad, poniéndolos enteramente al servicio de su propio plan teológico.

Veamos entonces qué es lo que se propone Mateo en su obra. Decíamos que la genealogía constituye una página bastante aburrida, porque, excepto 4 o 5 personajes, Abraham, Isaac, Jacob y algún otro, la mayor parte de estos nombres no nos dicen absolutamente nada a nosotros, cristianos de a pie que no tenemos excesivos conocimientos bíblicos. No era así, sin embargo, para los lectores de Mateo. El evangelista escribe para una comunidad de judeo-creyentes, es decir, judíos que, aun habiendo acogido a Jesús, no han renunciado a su apego a Moisés y a las tradiciones del pueblo hebreo.

El evangelista presenta una amalgama, un conjunto de nombres realmente desconcertantes. Para nosotros -repito-, son personajes desconocidos: Ocias, Ioatam, etc, no nos dicen nada. Pero intentemos por un momento ponernos en la piel de un hebreo que escuchase recitar esta lista de nombres. Ciertamente, se le pondrían los pelos de punta. Es como si hoy día, en una lista de tanta envergadura, escuchásemos mencionar el nombre de personas de mala fama, personajes públicos de pésima reputación. Éste era precisamente el efecto que producía en el mundo hebreo: un desgarrador suspiro de desaprobación e incredulidad, ante las connotaciones fuertemente negativas que algunos nombres suscitaban, connotaciones tan lamentables -para la mentalidad de la época-, que no dejaban indiferentes a nadie.

Cada uno de estos personajes tiene un significado particular. No podemos estudiarlos todos, porque la cifra es muy amplia. Son 40 personajes, de los cuales examinaremos solo algunos que tienen especial interés. Iniciemos sin más preámbulos la lectura de esta página tan rica en contenido.

El evangelista comienza su obra con una expresión que llama la atención, pues nos recuerda un relato conocido: "*Libro de la generación*". En efecto, en el capítulo 5 del libro del Génesis, donde se narra la creación de la humanidad, se lee: "*Libro de la generación de Adán*". Como

véis, es exactamente la misma frase e idénticas palabras, que el evangelista toma para iniciar su obra. Esto es ya una primera indicación sugerente; haciendo uso de un término técnico, diríamos que estamos ante una “clave de lectura”, o sea, un indicio, una pista que deja el evangelista para hacer que el lector pueda comprender mejor el texto. Es una primera aproximación a la afirmación central que después encontraremos a lo largo de todo el evangelio: en Jesús se realiza en plenitud la creación del hombre.

El proyecto que guiaba a Dios al realizar la creación, no ha quedado culminado de modo definitivo con la aparición del primer hombre; según el designio del Creador, la creación se realiza en plenitud en la figura de Jesús de Nazaret. El fue, en efecto, el primer hombre que acogió la acción creadora de Dios de forma nueva y original, y la formuló de una manera inédita, desconocida hasta entonces. A partir de esta nueva formulación, cambiará radicalmente la relación de los hombres con Dios y, en consecuencia, la relación de los seres humanos entre sí.

Por tanto, todo el proyecto de la creación, la actividad de este Dios que trabaja sin descanso, ve finalmente en Jesús su realización. Es por ello que el evangelista habla de “*Libro de la generación*”. El Génesis es el primer libro de la Biblia, el libro que habla de la creación del mundo y, en particular, de la creación del hombre; bien, ésta que vamos a contemplar ahora es precisamente la nueva creación.

Ahora bien, si la primera creación terminaba con la muerte, esta nueva creación termina, en cambio, con la vida. En las últimas imágenes del evangelio de Mateo, efectivamente, encontraremos a Jesús en el monte de la resurrección, vivo, presente en medio de los suyos. El evangelio no desemboca en una escena de muerte, se concluye con la plenitud y el triunfo de la vida.

“*Libro de la generación de Jesús*”, -más adelante veremos el significado de este nombre-, “*Cristo*”. El evangelista coloca el término Cristo sin artículo que lo preceda. No lo hace por simple meticulosidad o por un gesto de finura literaria. Se trata de una técnica precisa que acarrea un profundo sentido teológico. En los evangelios –y esto será causa de conflicto entre Jesús y sus mismos discípulos-, se distingue siempre entre el término “*Mesías*” (Cristo, el ungido) sin artículo y “*el Mesías*” con el artículo.

Cuando el evangelista escribe *el Mesías*, está pensando en el personaje esperado, el salvador cuya venida aguardaba el pueblo y su tradición. Jesús, sin embargo, –y esto se deduce por la ausencia del artículo- no es *el Mesías* esperado. Jesús es ciertamente *Mesías*, o sea, ha sido enviado por Dios para inaugurar una era nueva, pero una era distinta de la que esperaba el pueblo, una era que no está en sintonía con las expectativas populares. Se entiende entonces el por qué de ciertas actuaciones de Jesús que producen perplejidad, actuaciones poco acordes con las expectativas del pueblo, de las que se disocia abiertamente. En el capítulo 16 de Mateo, igual que en otros pasajes, cuando el pueblo finalmente proclama entusiasta que él es el Mesías, Jesús muestra su desaprobación y se lo prohíbe.

¿Cómo es posible?. Finalmente han comprendido el alcance de su misión, ¡y ahora, de repente, Jesús prohíbe esa proclamación llena de alborozo! ¿Por qué evita Jesús que le proclamen abiertamente *el Mesías*? Lo prohíbe porque no han dicho la verdad: El no es *el Mesías*, o sea, el ungido de Dios que, a base de cosechar un triunfo violento sobre los enemigos, inauguraría el reino de Israel. Jesús es *Mesías*, pero no es el Mesías que se impone con la violencia, nunca a base de sustraerle la vida a los demás. Donando la suya, no se propone inaugurar el reino de Israel, su objetivo es el Reino de Dios, y por tanto, un espacio sin confines. Jesús es Mesías,

ungido y enviado de Dios, para hacer conocer su voluntad.

“Hijo de David, hijo de Abraham” : también aquí es importante la ausencia del artículo antes de *“hijo de David”*. Cuando Jesús entabla polémica con los fariseos, declara que él no es *“el hijo de David”*, porque *“el hijo”* en el lenguaje hebreo, no significa solo la procedencia familiar, indica igualmente una semejanza fundamental en el comportamiento. En la imaginación del pueblo, *el Mesías* era *el hijo de David*, porque, a su venida, se comportaría como David.

¿Por qué se habla de David?. David fue el primer rey de Israel, el que unificó las 12 tribus e inauguró el esplendor del reino, dotándolo con unas dimensiones de grandeza que no volvería a alcanzar jamás en épocas posteriores. El mismo Salomón, su hijo y sucesor, dejaría a su muerte un reino de dimensiones mucho más reducidas. Por todo esto, durante la larga espera mesiánica del pueblo, etapa que comienza a raíz del declive de la monarquía, la gente va elaborando una imagen del Mesías similar al rey David. Lo llaman, de hecho, *el hijo de David*, convencidos de que, como David, conquistaría el reino con la fuerza y con mano poderosa. Jesús es ciertamente hijo de David en cuanto descendencia, pero no es *el hijo de David* en el sentido de similitud en la conducta.

¿Recordáis quien se dirige a Jesús llamándole *“el hijo de David”*?. ¡Personas invidentes!, como los famosos ciegos de Jericó. ¿Comprendéis ahora por qué se nos dice que son ciegos?. Dirigirse a Jesús y llamarlo *“el hijo de David”* significa no haber entendido nada de su persona. A propósito, cuando, durante la celebración del Domingo de Ramos, los cristianos agitan los olivos y las palmas cantando exultantes *“Hosanna al hijo de David”*, probablemente no saben lo que están diciendo. Están diciendo las mismas cosas que decían los que, pocas horas después, cambiarían sin complejo alguno ese grito por el de *“¡crucifícalo!”*, al comprender que se habían equivocado de personaje.

Se habían alborozado ante la perspectiva de que Jesús, el hijo de David, entraba triunfante en Jerusalén para hacer tabla rasa de sus enemigos e inaugurar el reino de Dios. Pocas horas después, apenas se dan cuenta de que Jesús no es el hijo de David que ellos aguardan expectantes, ya no saben qué hacer con él. ¡Crucifícalo!. Estad atentos, por consiguiente, cuando cantéis *“Hosanna al hijo de David”* el Domingo de Ramos. No conviene olvidar que es necesaria una rectificación mental.

“... e hijo de Abraham” y, a continuación, comienza, desde el versículo 2, la genealogía de Jesús: *“Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judá y a sus hermanos”*. Hasta 40 veces – 40 es la cifra que indica una generación – se encuentra el verbo *engendrar*. Para penetrar en la comprensión del alcance de esta lista, conviene recordar que en el mundo hebreo no existe la palabra “progenitores”, o “padres”. Existe solo un padre, que es quien engendra, y una mujer, la madre, que da a luz. Las funciones del hombre y de la mujer no son idénticas: por los conocimientos médicos, biológicos, de aquél tiempo se pensaba que la mujer no ponía nada suyo propio en la generación del hijo. Era una especie de incubadora que acogía el semen del marido y después, lo acompañaba hasta el alumbramiento. Era el padre, y solo el padre, quien transmitía la vida, por lo que la generación tenía lugar de padre a hijo. Por esto, las mujeres no están presentes en las genealogías, habría sido una pérdida de tiempo, una presencia inútil.

Bien, el evangelista introduce a cuatro mujeres en esta genealogía, aunque – repito-, normalmente no aparecían en las mismas, cuatro mujeres que tiene en común entre ellas, todas sin excepción dos elementos: lo escabroso de sus vicisitudes y lo irregular de su situación. El evangelista intenta preparar al lector, que, como hemos visto antes, ha fruncido ya el entrecejo

lleno de estupor, para que pueda acoger el dramático episodio de María y José, un episodio que resulta bien arduo de explicar y de entender. Sería conveniente analizar toda la genealogía, pero no tenemos tiempo para ello, porque debemos llegar a la figura de María, tal como la presenta el evangelista. Al menos, veremos el papel de las mujeres y su significado dentro de la misma.

La primera mujer: *“Judá engendró, de Tamar, a Fares y a Zara”* es Tamar, nombre que significa *palma*, y cuya historia aparece narrada en el capítulo 38 del Génesis, un capítulo bastante escabroso, diríamos de “luces rojas”. ¿Quién es Tamar?. Antes que nada, y he aquí una flagrante irregularidad, se trata de una mujer Cananea, no judía, que Judá toma para mujer de su hijo Er. Pero, escribe el autor, éste se hizo odioso a Yahvé y Yahvé le hizo perecer. Eran otros tiempos, menos delicados, en los que el Padre eterno actuaba de modo bastante “expeditivo”. Er se había vuelto odioso a sus ojos, así que lo aniquila sin más historias... Pero uno se pregunta por qué motivo se había ganado el odio de Yahvé.

Cuando a una mujer casada se le moría el marido sin tener descendencia, el hermano del marido tenía la obligación de fecundarla, porque de ese modo el patrimonio permanecía dentro del clan familiar. De acuerdo con la ley del levirato, a la muerte de este hombre, su cuñado, un personaje importante llamado Onan, debía encargarse de darle descendencia. A propósito, no podéis haceros una idea de lo que se ha montado a costa de este pobre desgraciado Onan, un nombre muy importante en la moral católica. A Onan, pues, le correspondía el deber de fecundarla. El niño concebido llevaría el nombre del difunto Er, de modo que también su nombre se perpetuase en el clan. Pero, dice el libro del Génesis, *“Onan sabía que la prole no sería considerada como suya y cada vez que se unía a la mujer del hermano, dejaba caer el semen por tierra, para no darle prosperidad al hermano”*.

Yahvé, que no se andaba con chiquitas, acaba también con Onan: *“Lo que hacía no era grato a Yahve, quien lo hizo morir también a él”*. Decía antes que se ha construido un castillo enorme sobre este Onan, porque de su nombre procede el *onanismo*, con el cual la moral católica indicaba en el pasado la masturbación y el coito interrumpido, crímenes graves que eran condenados con la pena eterna: pero eran considerados pecado mortal porque, en definitiva, no se comprendía la cultura hebrea del tiempo.

El caso es que aquí no se trata para nada de sexo, es un problema de intereses. Onan no desea que esta mujer tenga un hijo suyo, porque después se verá obligado a que dividir con ella la propiedad. Si Onan hace lo posible porque no quede embarazada, pues, no es por una cuestión sexual, no era ése el problema. Quiere evitarse la obligación de tener que compartir la riqueza del clan familiar con la mujer y su hijo. Y esta actitud le cuesta la vida. Esta mujer empieza a ser bastante peligrosa: dos hombres, ¡y ambos tiosos!...

Entonces, el suegro la expulsa de casa, porque le quedaba solo un último hijo, Sela, y no quería que la vida de éste acabara del mismo trágico modo. Y por eso la despide de casa. Ahora bien, cuando una mujer era expulsada del clan familiar, no tenía otra salida para vivir más que mendigar o dedicarse a la prostitución. Tamar elige esta última solución. Se viste, pues, de prostituta, y pasa a ejercer la prostitución sagrada. Entre tanto, muere la mujer de Judá y éste, abatido por el dolor, va a consolarse, ¿con quién?. Con una prostituta, se entiende, y mira por dónde, esa mujer resulta ser precisamente Tamar, que había disfrazado su identidad. Judá finge no darse cuenta -porque es imposible que no la hubiera reconocido-, y así, Tamar concibe un hijo.

No podemos pasar por alto este *“...engendró de Tamar”*, es un detalle muy importante. Es el suegro, pues, quien la fecunda. Cuando el clan familiar se apercibe de ello, quieren deshacerse

de ella, pero Tamar, con gran astucia, había obtenido de Judá unos amuletos en prenda, una señal inapelable para demostrar quién era el padre de la criatura. Bien, ésta es la primera de las bisabuelas de Jesús: una prostituta que ha ejercido la prostitución sagrada y que le ha dado un hijo al suegro.

Con este tipo de mujeres, uno empieza a estar intranquilo, el panorama resulta poco halagüeño. Bien, veamos qué sucede con la segunda. La segunda, ¡pues doble ración! Ésta la prostitución la ejercía directamente como profesión. Era, de hecho, muy conocida en esos menesteres. Si Tamar se había visto forzada a optar por la prostitución sagrada, ésta, en cambio, lo era por convicción propia y se llamaba Rajab, una mujer de armas tomar. No quisiera entrar en muchos detalles, pero Rajab es un término un tanto vulgar y poco refinado, como correspondía a la dueña del burdel de Jericó. Rajab tenía el burdel pegado a la muralla de Jericó, y los israelitas la habían salvado de la masacre en el momento de la conquista de la ciudad. Os digo esto para haceros comprender cómo esta página que a nosotros nos deja indiferentes, para los judíos de entonces significaba un relato enormemente sonrojante, un bochorno absoluto.

Decíamos antes que no estamos ante indicaciones históricas, sino teológicas. El evangelista ha buceado en los acontecimientos oscuros y en las páginas turbias de la historia de Israel para preparar el golpe que se dispone a asestarle a la comunidad. Su comunidad debe aceptar a Jesús, nacido en circunstancias por lo menos irregulares. Como véis, nuestro argumento tiene poco que ver con relatos edificantes para niños.

“Rajab engendró a Booz”, pero resulta que este Booz, como antes dijimos, vivió nada más y nada menos que 200 años después de la muerte de su supuesta madre. Es claro que al evangelista le importa poco la verosimilitud histórica, que cede el puesto al mensaje. Lo que le interesa es que Booz es el padre de Jesé, y, en consecuencia, el abuelo de David. Comenzamos a acercarnos a Jesé.

“Booz engendró, de Rut, a Obed”. Rut era una moabita, pertenecía, por consiguiente, a un pueblo nacido a partir de un incesto. Rut era viuda. Había también un rico anciano hacendado y entre ambos se urde una trama que el libro de Rut describe de forma muy desenfadada. Mientras duerme Booz, el hacendado, Rut se desliza en su lecho. Por la mañana, Booz la descubre a su lado, lleno de asombro. Una sorpresa enorme, no se había percatado de nada. El caso es que Rut queda embarazada y engendra a Jesé.

En este momento de la genealogía, el pudor puede con el evangelista, que escribe *“Jesé engendro a David, David engendró a Salomón de la de Urías”*. Como podéis apreciar, a la mujer ni tan siquiera la nombra, y usa además una construcción lingüística con un claro matiz despreciativo. Dado que evita nombrarla, todo hace pensar que esa mujer no debe haberle caído muy bien al evangelista. Previamente, ha nombrado a Tamar, ha mencionado a Rajab, pero de ésta solo dice *“la de Urías”*.

Pero ¿quién es “la de Urías”? Se trata de Betsabea, una mujer ambiciosa y amiga de intrigas. Consciente del prestigio de David, lo seduce y concibe un hijo suyo. David, entonces, manda llamar al marido que estaba en el frente y le pide que yazca con su mujer Betsabea (aquí, muchos traductores traducen literalmente la expresión que usa el autor del 2 libro de Samuel capítulo 11, *“vete a casa y lávate los pies”*, desvirtuando el sentido del texto al hacerlo incomprensible). Lavarse los pies era un eufemismo para indicar la relación sexual hombre-mujer. Urías comprende la intención de David, intuye que su mujer espera un hijo del rey y rechaza tercamente la invitación que David le hace para acostarse con ella. David, entonces, se las ingenia para hacerlo perecer en el frente. Y de esta forma viene al mundo Salomón, hijo de

Betsabea, mujer que el evangelista evita nombrar.

Continuamos la lectura de estas generaciones y llegamos hasta la última, en el versículo 16 “...y *Jacob engendró a José*”, estamos en el 39° *engendró*. El verbo engendrar indica una acción del varón, el único que puede hacerlo, como hemos dicho antes. Después de 39 repeticiones de engendró, ahora esperaríamos otra más, “José engendró a Jesús”. Pero sucede de repente algo muy extraño.

“*Jacob engendró a José, el marido*”, el término griego empleado por el evangelista es *marido* y digo esto porque con frecuencia los traductores prefieren erróneamente la palabra *esposo*, que suena un poco más casto que marido. Quieren indicar con ello que María es la esposa –no la mujer- de José. Un poco más adelante explicaremos el transfondo de este problema. De José se nos dice, pues, que era “*el marido de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo*”.

Aquí ha sucedido algo clamoroso: la tradición de Israel que comenzó con Abraham, el fundador del linaje, que alcanzó el ápice de su gloria con David, y que conoció después la noche oscura de la deportación a Babilonia, se interrumpe bruscamente con José. A partir de José surge algo del todo nuevo. ¿Qué ha sucedido?

Para el evangelista, Jesús no es el fruto de José, porque el padre, además de la vida, transmitía también la tradición, los valores del pueblo. Pues bien, toda la tradición de Israel queda truncada en José. De él, Jesús no recibe nada. En Jesús, la tradición y los valores no serán heredados del padre, de José, sino del Padre de los cielos, Dios. Es por ello que Jesús podrá relacionarse con Dios de una manera inédita, completamente nueva.

Veamos de nuevo el texto “... *de la cual nació (fue engendrado)*”. El evangelista excluye categóricamente la intervención de José en la generación del hijo. Jesús es generado de María. María es asumida por Mateo al mismo nivel de los hombres. No solo los hombres engendran, también María lo hace. Dice Mateo que Jesús “*fue engendrado*”, seguidamente intentaremos profundizar en esta afirmación, pero ya esta expresión supone una interrupción que permite intuir la novedad extraordinaria que constituye Jesús. Jesús no es un profeta del pueblo.

¿Quiénes son los profetas?. Los profetas son personas destacadas desde el punto de vista espiritual, personas que viven en plena sintonía con Dios, y que comunican al pueblo los deseos y la voluntad divina. Puestos a la cabeza del pueblo, plantean a éste una imagen, una teología, una idea a fin de que el pueblo la pueda perseguir y alcanzar. Sin embargo, por regla general, los profetas son incomprendidos y se convierten en objeto de persecución y rechazo.

¡No es éste el caso de Jesús!. Jesús no es un profeta, no es el hijo de José, no es el hijo de David. Jesús es el hijo de Dios, aquél que asume la acción creadora del Padre, la fórmula de manera inédita y nueva, y abre así un camino nuevo en la relación con Dios. ¿Por qué decimos “camino nuevo”? ¿Porque no se desenvuelve dentro del ámbito de la religión! Jesús demuestra que la religión no sólo no favorece la comunión con Dios, sino que la obstaculiza e impide.

Así pues, mientras que el profeta vive y actúa siempre dentro del ámbito de su religión, Jesús opta por salir fuera de las fronteras de la misma y muestra las verdaderas raíces de la nueva religión. Jesús tuvo la capacidad de actuar de este modo porque, no habiendo sido engendrado por José, en su sangre no tenía los cromosomas de David ni de Abraham. El es una creación completamente nueva.

Entonces, podemos preguntarnos, ¿cómo fue engendrado Jesús?. El evangelista se siente obligado a explicarlo, estamos en el versículo 18: *“La generación de Jesucristo fue de esta manera. Su madre María estaba desposada con José, y, antes de empezar a estar ellos juntos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo”*.

En nuestras lenguas occidentales, carecemos de términos adecuados para traducir la terminología del matrimonio hebreo. El matrimonio hebreo tenía lugar en dos etapas bien distintas, separadas por un intervalo de un año aproximadamente. La primera parte del matrimonio tiene lugar cuando la muchacha cumple los doce años. La edad del muchacho puede oscilar entre los 18 y los 23 años, no más. La decisión mutua de unir sus vidas queda sellada en lo que se denomina la ceremonia del desposorio, o bien, los esponsales.

El contenido del desposorio es bien sencillo. La familia del varón debe primero conocer de cerca y valorar a la muchacha, y debe también pagar la dote. Para estas consultas y discernimientos se empleaban a veces varios días. Concluido este proceso, el varón colocaba el velo con que se cubría la cabeza en la oración, sobre la cabeza de la muchacha, diciendo: “tú eres mi mujer”, y ella asentía: “tú eres mi marido”. Jurídicamente, son ya marido y mujer, después cada uno vuelve a su casa, porque la edad de la mujer no le permite aún dar a luz. Esperaban, pues, un año, intervalo tras el cual tenía lugar la segunda parte del matrimonio, las bodas. En este sentido, es legítimo decir que María y José son esposos, pues han celebrado ya el desposorio.

El evangelista, por consiguiente, está indicando que María descubre su embarazo antes de completar la segunda parte del matrimonio, o sea, cuando aún no convivía con José. Los evangelios no son un tratado de biología y menos aún, de ginecología. El evangelista no pretende discurrir sobre lo que María y José han hecho o han dejado de hacer. Indica algo más profundo y mucho más serio. Quiere hacer una narración teológica, desea solo indicar que el engendrado de María es obra del Espíritu Santo. ¿Por qué?.

Cuando la creación se hallaba aún en medio del caos, el Espíritu de Dios aleteaba sobre la misma –nos dice el libro del Génesis- y todo fue hecho a través de él. En Jesús se manifiesta una nueva creación, se manifiesta en plenitud la creación del hombre, el proyecto de Dios de crear un hombre que posea la condición divina. En la primera creación, aspirar a la condición divina representaba un delito para el hombre, el origen del pecado; en la segunda creación, tener la condición divina forma parte del proyecto de Dios.

Este es el sentido profundo de la indicación *“se encontró encinta por obra del Espíritu Santo”*. No tiene sentido preguntarse cómo sucedió todo. Al evangelista no le interesa la crónica histórica. Quiere solo decirnos que en Jesús se manifiesta el plan divino respecto a la creación. Mateo excluye categóricamente cualquier intervención por parte de José. La situación de José, sin embargo, es complicada. En el versículo 19, el evangelista dice de él que *“era justo”*. Con el término justo no se entiende aquí una persona recta, una persona moralmente intachable: “los justos” constituían una especie de asociación o hermandad de laicos devotos que se comprometían a observar en su vida cotidiana todos los 613 preceptos que los fariseos habían extrapolado de la ley de Moisés.

Existían 365 prohibiciones y 248 mandatos, que sumaban un total de 613 preceptos que observar. ¿Por qué estos números?. 365 son los días del año y 248 eran, según la cultura de la época, los componentes que constituían el cuerpo humano. En conclusión, el hombre, durante

todo el año, debía observar estas leyes de forma escrupulosa, sin fisuras.

José, por tanto, es un hombre justo, como Zacarías e Isabel, a quienes Lucas describe diciendo que: *“eran justos ante Dios, irreprochables en la observancia de todas las leyes y prescripciones del Señor”*. La observancia escrupulosa de la ley coloca a José en una difícil posición. La ley no deja lugar a dudas: dado que han celebrado ya el desposorio, la mujer ha incurrido en el delito de adulterio. Ahora bien, la Biblia es palabra de Dios, pero habiendo sido puesta por escrito por los hombres, éstos se han guardado alguna ventaja respecto a las mujeres: la mujer comete adulterio en todos los casos de unión ilícita; el hombre, en cambio, solamente lo comete si la mujer está casada y es hebrea. Si no está casada o no es hebrea, para el hombre no hay límites. Esto puede explicar en parte el hecho de que las muchachas contrajeran matrimonio a la temprana edad de doce años.

José sabía que la ley le ordenaba denunciar a la mujer, a la que esperaba la pena de muerte. En la primera fase del matrimonio, la pena de muerte era ejecutada por medio de la lapidación (como, por ejemplo, en el episodio de la adúltera del capítulo 8 de Juan), en la segunda fase, la mujer pecadora debía morir estrangulada. La suerte que esperaba a María era, pues, la lapidación. José entra en crisis. Dice Mateo que *“no quería exponerla al desprecio público y resolvió repudiarla en secreto”*. José, guiado por la misericordia, decide actuar con discreción, a pesar de que la ley no ofrecía dudas.

En aquella época, el repudio era un instrumento unilateral, estaba solo en manos de los hombres, a las mujeres no les estaba permitido. El modo de realizarlo era bien sencillo. Bastaba un simple trozo de papel donde el hombre escribía o hacía escribir: “tú ya no eres mi mujer”. Lo entregaba a la mujer, y ésta era expulsada fuera de casa.

Respecto a los motivos del repudio, el libro del Deuteronomio afirma en el capítulo 24: *“Si un hombre toma una mujer y se casa con ella, y resulta que esta mujer no halla gracia a sus ojos, porque descubre en ella algo que le desagrada, le redactará un libelo de repudio, se lo pondrá en su mano y la despedirá de su casa”*. El problema es que Moisés fue un tanto ambiguo en cuanto al contenido. *“Si resulta que esta mujer no halla gracia a sus ojos, porque descubre en ella algo que le desagrada...”*: pero, ¿qué quiere decir “algo que le desagrada”? En tiempos de Jesús, había dos grandes escuelas teológicas. Una seguía al rabbi Shamai, un rabino muy riguroso, para quien únicamente el adulterio justificaba el repudio. La otra escuela era más laxa, una escuela de mangas anchas, y era, naturalmente, la más seguida. Su maestro, Hillel, enseñaba que bastaba “cualquier cosa” para justificar el repudio. Decía, por ejemplo: “incluso si el marido, al abrir los ojos por la mañana y mirar el rostro de la mujer, no la encuentra ya de su agrado, la puede despedir de casa” o bien, “si se le ha quemado la comida” era considerado un motivo suficiente. El repudio, por tanto, era bastante fácil.

La preocupación de Mateo por mostrar la imagen de José que no desea difamar a María, hace pensar que debían ser muchas, muchísimas, las maldicciones acerca de Jesús. El documento hebreo más antiguo sobre Jesús que ha llegado hasta nuestras manos, escrito alrededor del año 70 en el Talmud, define a Jesús “ese bastardo de una adúltera”. Los chismorreos en el pueblo debieron ser tantos, que hacia la mitad del siglo III encontramos en los discursos del filósofo Celso una acusación muy significativa, pues nos permite intuir el ambiente en el que todo esto maduró. Dice Celso: *“...eso de que has nacido de una virgen te lo has inventado tú; tú naciste en un pueblo de Judea, hijo de una lugarieta, una pobre hilandera a sueldo; ella fue desechada por el marido, carpintero de profesión, a causa de un adulterio comprobado. Repudiada por el*

marido y reducida al estado de vagabunda ignominiosa, te dió a luz de forma clandestina a ti, hijo de un soldado llamado Pantera”.

Las numerosas maldicciones sobre el origen de Jesús debieron crear una gran tensión dentro de la primitiva comunidad cristiana, tensión que se refleja en los evangelios. En el evangelio de Juan, las autoridades religiosas, ofendidas y escandalizadas ante los reproches de Jesús, le responden: *“Nosotros”* y subrayo ese nosotros, *“Nosotros no hemos nacido de prostitución”*.

Así pues, el nacimiento de Jesús parece haber sido acompañado por una serie de circunstancias extrañas, anormales, tanto que el evangelista lo presenta como una intervención directa del Espíritu Santo. Ahora bien, el término “Espíritu Santo” no tiene nada de masculino. El término griego para Espíritu (pneuma) es neutro; en hebreo “ruah” (espíritu) es femenino. Esto lo hace el autor para evitar confusiones: en aquella época se pensaba que fueran posibles los apareamientos entre seres humanos y seres divinos, se pensaba que de vez en cuando los dioses bajaban a la tierra para acoplarse con las mujeres. El autor se desmarca claramente de todo esto. Aquí está hablando de la acción creadora de Dios. Es éste el significado del Espíritu Santo: la fuerza de la creación que, en María, hace nacer este hombre nuevo.

Mientras José, abatido, está discurriendo estas cosas *“... he aquí que un ángel del Señor...”* es la primera de las tres veces que en el evangelio de Mateo aparecerá este *“ángel del Señor”*. Cuando encontramos esta expresión tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, no significa un ángel que Dios envía, sino Dios mismo, cuando entra en contacto con la humanidad. Los autores de los libros del Antiguo Testamento respetaban mucho la distancia entre Dios y los hombres, por lo que evitaban mostrar intervenciones directas del Señor en favor de los hombres. Por eso escriben “ángel del Señor”.

Las tres veces que aparece el ángel del Señor en el evangelio de Mateo es en relación directa con la vida. Aquí, para anunciarla a José, un poco más adelante, para defenderla de la insidia homicida de Herodes, y al final del evangelio, para anunciar que la vida procedente de Dios es capaz de superar a la muerte.

“Un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. En nuestras lenguas occidentales, leyendo este texto así traducido, no se consigue comprender la relación que existe entre Jesús y la salvación de su pueblo, pero el evangelista, en realidad, está poniendo en estrecha relación ambos conceptos.

El nombre de Jesús (en hebreo, Jehoshua) es una contracción del nombre de Dios, que era Yahvé, más el verbo salvar. Jesús y Josue son el mismo nombre, cuyo significado es “Dios salva”. Así sí se comprende el juego de palabras. En hebreo, Jesús se dice Jehoshua y entonces, dice el evangelista, se llamará Jehoshua porque salvará, que en hebreo se dice “joshua”, al pueblo. Se llamará Jehoshua porque joshua: en español podríamos decir: se llamara Salvador porque salvará al pueblo de sus pecados. Esta salvación de los pecados del hombre es un tema importante para Mateo, porque es el único evangelista que en la última cena coloca este argumento entre las palabras que Jesús pronuncia. Por tanto, comunicando el don de la propia existencia, Jesús salvará al pueblo del pecado.

“Todo esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: la virgen concebir y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que, traducido,

significa Dios con nosotros". Es ésta la primera de las cinco citas del Antiguo Testamento cuya presencia caracteriza los dos primeros capítulos del evangelio de Mateo. Si el evangelista emplea esta cita del profeta Isaías, no lo hace para indicar que es una virgen la que alumbra un hijo –énfasis que se puso en el pasado–, ni para indicar el nacimiento del hijo del rey de una joven esposa, sino para poner de relieve el término Enmanuel, o sea, Dios con nosotros.

Este es, en efecto, el hilo conductor de todo el evangelio de Mateo: el Dios con nosotros. Se trata de un cambio radical de mentalidad; esta expresión, de hecho, reviste tanta importancia que la encontramos de nuevo al final del evangelio, en las últimas palabras que Jesús dirige a los suyos: *"yo estoy con vosotros todos los días"*. Hacia la mitad del evangelio, en el capítulo 18, hallamos idéntica idea: *"donde dos o más se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio de ellos"*.

He aquí el núcleo de la línea teológica que sigue el evangelista. Jesús, el hombre que supo acoger la acción creadora de Dios, formulándola de manera inédita, tiene la condición divina y manifiesta en plenitud un Dios que está presente aquí con nosotros. Dios, con Jesús, no reside ya en las alturas, alejado, sino que es un Dios presente entre el pueblo. La gran novedad de este Dios es que no desea ser servido por los hombres. Es él quien se ofrece para servirles.

Este planteamiento cambia radicalmente el tipo de relación con Dios: a partir de ahora, no se tratará ya de buscar a Dios por doquier, como enseñaba la religión hebrea. Si leemos los Salmos, encontramos que la búsqueda ininterrumpida de Dios es un motivo que se repite continuamente: por la mañana te busco, de noche te imploro, etc. Todo tendía siempre hacia esa búsqueda de un Dios, que, en definitiva, no se encontraba nunca, porque quien busca a Dios persigue en realidad la propia imagen acerca de Dios, y tal vez no es capaz de abrir los ojos para descubrirlo cuando lo tiene justo delante.

Con Jesús, a Dios ya no hay que buscarlo más, se trata solo de acogerlo, y con él, y como él, orientarse al servicio de los hombres. Y no hay que seguir buscando a Dios porque él ya ha puesto su morada entre nosotros: es el Enmanuel, el Dios con nosotros, vivo en medio del mundo. Este Dios no absorbe ya las energías de los hombres, no es un Dios que demanda, sino un Padre que potencia al hombre –comunicándole su propia existencia– hasta el punto que lo salvará de sus pecados. En la última cena, Jesús dirá: *"esta es mi sangre derramada para el perdón de los pecados"*. La fuerza vital –representada por la sangre en el mundo oriental– de Jesús, hombre-Dios, condonará incluso el mal que el hombre pueda haber cometido.

"Despertado José del sueño, hizo como el ángel le había mandado, y tomó consigo a su mujer, y no la conoció hasta que dió a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús ". El verbo conocer es una perífrasis que indica mantener relaciones sexuales. ¿Qué quiere decir el autor? ¿Quiere decir que José no mantuvo relaciones íntimas con María hasta que nació Jesús, o que no las tuvo jamás ?

Es bien difícil dilucidarlo. En el segundo libro de Samuel, hallamos un epitafio sobre la hija de Saul, que dice: *"Micol, hija de Saul, no tuvo hijos hasta el día de su muerte"*. La traducción al griego no esclarece la cuestión, pues persiste la duda. Entonces este *"hasta"* ¿qué significa? Es evidente que Micol no tuvo hijos después de su muerte, por lo que es probable que el evangelista entendiera aquí que María no tuvo otros hijos. Sin embargo, no cabe duda que el versículo se presta a otras interpretaciones o hipótesis.

Falta también el sujeto, pues se dice que *"no la conoció"*, no tuvo relaciones sexuales, pero

¿de quién se trata? *“Hasta que dio a luz un hijo que llamó Jesús”*. ¿A quién se refiere? El Señor le había dicho a José *“tendrás un hijo que llamarás Jesús”*, pero aquí no parece tratarse de José. El evangelista opta por la ambigüedad, dejando espacio a ambos personajes, tanto a José como a María. José, porque el padre es el que da el nombre al hijo; María, quien lo ha engendrado, es quien lo llama Jesús.

Segundo encuentro

Viendo que hoy están presentes aquí muchos jóvenes, deseo comenzar con una breve introducción para presentar el argumento. Para aquellos que se declaran creyentes, analizar los evangelios de la infancia sirve para descubrir las raíces estupendas de la propia fe y así, reanimarla. Para aquellos que no son creyentes, representa una buena oportunidad para conocer un texto que desde el punto de vista literario es una verdadera obra de arte. Sin exagerar un ápice, podemos comparar a los evangelistas con los grandes hombres de la literatura: Cervantes, Dante Alighieri, Shakespeare, etc.

Antaño se pensaba que los evangelios habían sido escritos por personas de cultura mediocre. ¡Nada más lejos de la verdad!. Fueron escritos por personas de gran capacidad desde el punto de vista de la teología (por su gran riqueza conceptual y por la relación precisa que establecen con todo el pasado de la historia de Israel) y de la literatura, por el uso refinado, culto, atento, de la lengua griega.

Ayer, después de pasar revista a las antepasadas –mujeres con historias turbias, escabrosas a sus espaldas- de Jesús, decíamos que el evangelista no se propone realizar una reconstrucción histórica, sino teológica. El evangelista no se ha personado en la oficina del anógrafo local (registros de nacimientos) para comprobar los nombres de los antepasados de Jesús. El lleva a cabo una elaboración teológica a fin de presentar un mensaje determinado a sus lectores. Los datos que manejan Lucas y Mateo son ostensiblemente divergentes, como son diferentes las modalidades de expresión de cada uno, pero existe una unidad fundamental en el mensaje que ambos pretenden transmitir. Hoy lo iremos comprobando.

Decíamos que Mateo pone el énfasis en el hecho de que Jesús no es heredero de la tradición de Israel, porque en él tiene lugar la nueva y plena creación de Dios. Jesús es el hombre que ha acogido en plenitud la acción creadora de Dios y la ha traducido de un modo inédito. Para ello, optó por colocarse fuera de la tradición del pueblo, opción que le costaría la misma muerte. Desde el mismo momento del nacimiento, Jesús se presenta como un ser peligroso, porque cuestiona los fundamentos de la tradición religiosa, de la que se auto-excluye. Por eso, tratan de eliminarlo. Mateo concluye su primer capítulo con el leitmotiv que será el hilo conductor de todo su evangelio: Jesús es el Dios con nosotros.

Esta expresión, que puede parecer bastante inocua e inofensiva, es, en realidad, una auténtica bomba, porque si Dios es el Enmanuel, el Dios-con-nosotros, entonces se desploma aparatosamente todo el castillo construido por la parafernalia religiosa. La religión, cualquier religión, se funda sobre una verdad absoluta, que es la de un Dios alejado de nosotros. La religión sobrevive en la medida en que a Dios se le mantiene lejos del pueblo.

Jesús, en cambio, es el Dios-con-nosotros, aquél que se deja encontrar, palpar y acoger. La

religión insiste en la inaccesibilidad de Dios. Cuanto más lejano sea Dios, más necesidad se tiene de mediadores y de personas que cumplan el papel de puentes entre Dios y los seres humanos. Los sacerdotes son personas dedicadas al ámbito de lo sagrado, mediadores. En tiempos de Jesús, los fieles judíos no podían dirigirse directamente al Señor, tenían necesidad de pasar siempre a través de la mediación sacerdotal.

Los sacerdotes creaban la relación con Dios por medio de ritos especiales, cultos litúrgicos. Era necesario un culto particular, oraciones, ofrendas, sacrificios, y, en general, todo aquello que se hacía para Dios. Se requería también un lugar sagrado, especialmente dedicado a estos menesteres, un espacio que no se confundiera con los espacios normales. Nace así la necesidad del templo. Para justificar todo esto, se afirma con fuerza que es ésta la voluntad de Dios, la cual queda plasmada de forma definitiva e inmutable en la ley.

Bien, éstas son las columnas de la religión. Por religión se entiende todo aquello que el hombre debe hacer para Dios, todo cuanto Dios exige al ser humano. Para el individuo, pues, la religión es el canal para acercarse a Dios a través de la mediación de los sacerdotes y de la práctica obligatoria del culto - práctica que tiene lugar en un espacio sagrado destinado específicamente a ello-, y en la obediencia absoluta a la ley de Dios.

Sin entrar en abierta polémica, el evangelista desmonta todo esto. Y lo hace dándonos una indicación explosiva: Jesús es el Dios-con-nosotros. Si el edificio de la religión necesitaba un Dios alejado de la gente para mantenerse en pie, el Dios-con-nosotros es un terremoto que lo echa abajo, terremoto similar al que se produce en Jerusalén y en todo Israel, como ahora veremos. Si es cierto que Jesús manifiesta al Dios-con-nosotros, todo este montaje está llamado a desplomarse, porque no solo resulta inútil, sino que se convierte en un impedimento que obstaculiza el encuentro con Dios.

Dios y religión no se pueden tolerar recíprocamente: el uno exige la destrucción del otro, porque el Dios de Jesús desea comunicarse a los hombres, mientras que la religión precisa a un Dios incomunicable e inaccesible. Es una cuestión de supervivencia, entonces. Donde está la religión, no hay espacio para Dios, y viceversa. En seguida lo entenderemos mejor, en cuanto afrontemos el capítulo II. Nuestro análisis irá adquiriendo tintes dramáticos.

Por consiguiente, si Dios es el Dios-con-nosotros, ya no hay necesidad de acudir a los sacerdotes (hay que distinguir “sacerdote” de “presbítero”, son dos realidades diferentes, aunque a veces se confundan en el lenguaje popular). Presbítero significa anciano, no por edad, sino por madurez. El presbítero es elegido como servidor de la comunidad, no como mediador en ritos paganos. Con Jesús, no hay ya necesidad de sacerdotes, porque la relación con Dios que él plantea es inmediata y profunda por parte de cada ser humano. Jesús exhorta a dirigirse al Padre para orar, nunca invita a solicitar la mediación del sacerdote.

Por desgracia, las raíces del sistema religioso son tan profundas en las personas que se ha perpetuado hasta nuestros días un concepto erróneo: se piensa que exista una casta de personas que actúan como mediadores entre el Señor y el pueblo. Aun muchas personas siguen pensando que nosotros, presbíteros, estamos más cerca de Dios que ellas, y que, por tanto, tenemos más “influencia”. ¡Qué disparate! Todo esto es falso.

Lo cierto es que todos podemos relacionarnos directamente con Dios, como hijos que se dirigen a su Padre. El Concilio Vaticano II desempolvó una feliz expresión que había quedado en el ostracismo: se habla del pueblo cristiano como un “pueblo sacerdotal”. O sea, todos somos

sacerdotes, quiere decirnos el Concilio; todos podemos dirigirnos libre y directamente a Dios. Y porque todos lo somos, no hacen ya falta sacerdotes ad hoc. Hacen falta, eso sí, presbíteros que sirvan al pueblo.

Ahora bien, si no tenemos ya necesidad de sacerdotes, tampoco se hace preciso el culto a Dios. El Dios de la religión es un Dios que absorbe las energías del hombre, que exige continuamente, y, en particular, lo hace a través del culto. Con Jesús, todo esto se ha acabado. Jesús, recordando un texto del profeta Oseas en el que Dios manifestaba su contrariedad hacia la religión, dice: *“aprended qué significa: misericordia quiero, y no sacrificios”*. Jesús declara que él, manifestación visible de Dios, no ha venido para ser servido, sino para servir.

La religión se fundamenta sobre una verdad considerada absoluta: los hombres han sido creados para servir a Dios. Jesús, sin embargo, se opone frontalmente: los hombres no deben servir a Dios, es Dios quien se pone a su servicio. Este posicionamiento de Jesús desata un auténtico terremoto. La idea de un Dios al servicio de las personas resulta incompatible con el sistema religioso, porque eso hace inútil las prácticas culturales. No existe ya necesidad de rendir culto a Dios, porque Dios no lo reclama ni lo necesita. Es Dios mismo quien se ofrece a los hombres. El ser humano no tiene que quitarse el pan de la boca para ofrecérselo a Dios. Es Dios quien se hace pan que se ofrece a los hombres.

Como hemos apuntado antes, el Dios de Jesús es un Dios que no sustrae vida; comunica la suya al hombre. Y, si ya no hay necesidad de culto, tampoco sirve para nada el templo, ese espacio sagrado donde se encontraba a Dios. Jesús afirma: *“Donde dos o más están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”*. *En mi nombre* significa representación, semejanza respecto a Dios. El hombre y la comunidad cristiana constituyen el único y verdadero santuario donde se irradia y manifiesta la gloria de Dios. No se requiere hacer viajes a lugares especiales para encontrar al Señor. Esto marca el final de las peregrinaciones, los santuarios, los espacios considerados sagrados en relación al resto. En el evangelio de Juan, cuando la samaritana pregunta a Jesús dónde adorar a Dios, en cuál santuario, Jesús le hace ver que ha acabado la época de los santuarios. El único culto que Dios reclama no es el culto dirigido a él, sino la acogida de su amor y la prolongación del mismo hacia los demás.

No hay ya, pues, necesidad del templo, y, en consecuencia, podemos también eliminar la ley. ¿Por qué? La ley expresaba la voluntad de Dios, que el creyente debía observar meticulosamente. Con Jesús, todo esto se va al garete. El creyente no es ya quien obedece la ley, el creyente es aquella persona que asemeja al Padre porque practica un amor semejante al suyo.

Comprenderéis que un individuo así suponía un peligro enorme, por lo que –para la institución religiosa– se hacía necesario eliminarlo rápidamente, apenas nace. Es cuanto veremos en el dramático capítulo segundo de Mateo. Iniciamos ahora la lectura del mismo.

“Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes....”

Según los historiadores de la época y también a partir de los datos del evangelio, Herodes aparece como la caricatura de cualquier hombre de poder. Herodes no podía convertirse en rey de los judíos, porque en sus venas no corría sangre hebrea. Era un idumeo, la madre era árabe y los abuelos, tal vez, eran esclavos. No se entiende bien de qué forma, ciertamente extraña, Herodes alcanzó el poder. Probablemente sobornó a los eruditos y a los historiadores de la corte para hacerse proclamar rey, el ungido del Señor.

Era un sujeto de una violencia inaudita. Temerario de la oposición de los puristas fariseos, hizo estragos en sus filas. Hombre hábil y astuto, captó en seguida la necesidad de tener tranquilo al pueblo con la droga del deporte. Financió las olimpiadas y prometió diez mil puestos de trabajo para las obras de reconstrucción del templo. Amante del lujo, poseía cinco castillos suntuosos, se teñía el pelo y prometía a la gente riqueza y bienestar. Pero el caso es que el pueblo, a la muerte de Herodes, se encontró más empobrecido de lo que estaba. Este era Herodes.

Una vez que ha situado el nacimiento de Jesús en el contexto del tiempo, el evangelista continúa su discurso introduciendo una interjección que indica estupor ante un acontecimiento sorpresivo e inesperado: *”pero he aquí que...”* Mateo quiere llamar la atención del lector, preparar su mente para que pueda recibir con el ánimo bien dispuesto el gran impacto que se avecina.

“he aquí que se presentaron...”, en este momento, Mateo introduce unos personajes que resultaron tan escandalosos para la primitiva comunidad cristiana que ésta se vió en la necesidad de encubrir y desnaturalizar su significado. Anuncia Mateo que se presentaron unos magos en Jerusalén. Estos magos son personajes cuya identidad resulta bastante turbia y escabrosa, por lo que su presencia aquí se hace bien ardua de comprender. Ante la dificultad que planteaban, la tradición cristiana los convirtió pronto en inocentes magos, término impreciso con el que no se sabía bien lo que significaban. Más tarde, la tradición estableció el número preciso de los mismos: tres. Posteriormente, les concedió un “título nobiliario”: reyes. Y para que nadie se ofendiera, se decidió que uno fuera blanco, otro negro y otro, oriental o mestizo. Con ello, ¡estaban listas las figuras del belén! De este modo, sin embargo, se desvalorizó su figura y se vació el contenido que el evangelista pretendía transmitir en su relato.

Para entender por qué razón este relato escandalizaba a la comunidad cristiana, debemos recordar la línea teológica de Mateo. Mateo presenta un Jesús que opta por salirse del marco de la religión, para demostrar así que todo el montaje creado en torno a ella no solo no es la voluntad de Dios, sino que es falso y contrario a la misma. Jesús quiere hacer ver que cuanto más lejos se está de la religión, mayores posibilidades hay de encontrar y de acoger al Señor. Cuanto más inmersos se esté en la religión, mayor será la dificultad. En los evangelios, los lugares peligrosos para Jesús son, paradójicamente, los lugares sagrados: la sinagoga y el templo, donde intentan acabar con su vida. Sus enemigos acérrimos serán las personas muy religiosas. Éstas nutren hacia él un odio mortal, porque perciben su mensaje como una amenaza frontal a su propio mundo religioso.

Jesús se siente a gusto con los pecadores, los no creyentes, en una palabra, la así llamada “gentuza”. Ante la pregunta inocente de los niños pequeños que quieren saber por qué Jesús murió crucificado, siempre hay una persona pia que responde: lo mataron los hombres malos. ¡No es verdad! Lo mataron las personas pías, devotas, las personas más religiosas de todas. Conviene tener precaución con las personas devotas, suelen ser enemigas de Dios.

Mientras que en religión manifiesta gran hostilidad hacia el Dios de Jesús, los primeros en reconocerlo y acogerlo son los que viven al margen de la misma, como el centurión romano, un pagano. Las únicas personas cuya fe Jesús elogia son paganos. Esto nos ayuda a situar en su contexto adecuado la figura de estos magos que se presentan en Jerusalén.

“...se presentaron unos”, no está indicado el número. No se habla de tres para nada. Al principio del cristianismo se oscilaba entre 2 y 12 magos, en algunas representaciones pictóricas de las catacumbas aparecen hasta cuarenta. ¿Quiénes son estos magos? En la lengua griega del tiempo, con el término magos se indicaban ciertamente los adivinos, astrónomos, etc, pero

también se indicaban los farsantes, los estafadores. Podríamos decir que eran los charlatanes embaucadores de la época. Esta es la sorpresa que presenta Mateo: *“he aquí que algunos magos”*.

En la Biblia, estaba terminantemente prohibido establecer contacto con esta clase de personas. En el primer catecismo de la iglesia, la prohibición de ejercer el oficio de mago estaba catalogada, en la lista de los pecados, entre el robo y el aborto. Se consideraba, pues, algo muy grave, tanto que en Israel estaba prevista la pena de muerte para quien osaba aceptar la enseñanza de estos magos. Además, por si algo faltaba, escribe el evangelista, proceden del oriente, o sea, no cabe duda de que se trataba de paganos.

Mateo ha elegido como primeros personajes que adoran a Jesús al tipo de personas que la religión considera la más alejada en absoluto de Dios, es decir, los paganos. Había un dicho hebreo que rezaba así: “acaba con el mejor de los paganos y habrás matado a la serpiente más repugnante”. Para los paganos no hay esperanza de resurrección, no hay esperanza alguna de salvación. Pero no basta. El evangelista presenta paganos que ejercen una actividad maldecida por la Biblia, una actividad reprobable.

Son ellos los que van a Jerusalén preguntando:” *¿Dónde está*” – el terror comienza a apoderarse del sistema – *“el rey de los judíos que ha nacido?”*. ¿Recordáis? Herodes había sido proclamado rey de los Judios; ahora, estos magos afirman que hay un nuevo rey de los judíos, un rey recién nacido *“pues vimos su estrella en el oriente y hemos venido a adorarle”*.

En los portales de belén que montamos en nuestras casas con motivo de la navidad, colocamos generalmente la estrella cometa. Es una hermosa costumbre, que, sin embargo, no tiene nada que ver con el evangelio. No se trata de esto. Las indicaciones que nos da Mateo no son datos históricos, sino enseñanza teológica. Se creía en aquella época que, con ocasión del nacimiento de los grandes personajes, surgía en el cielo una estrella que, después, desaparecía con su muerte. El evangelista, que es un gran teólogo, se remonta aquí a una profecía del Antiguo Testamento, en la que, refiriéndose al futuro jefe del pueblo, se decía: *“lo veo, pero no ahora; lo contemplo, pero no cerca; una estrella surge en Jacob, un cetro se alza en Israel”*. Esa señal, que había sido dada para Israel, Israel no la había sabido comprender, la habían comprendido personas paganas.

La lección del evangelista es importante: son los paganos quienes harán conocer las profundas verdades de Dios a los creyentes, mensaje éste que está presente a lo largo de todo el evangelio. Por consiguiente, la acogida de los paganos, la acogida de los extranjeros, de los extracomunitarios, permitirá descubrir el rostro de Dios que las prácticas religiosas ofuscan. En el evangelio de Mateo, son los paganos quienes catequizaron a los israelitas. *“y hemos venido a adorarle”*. El término *adorar*, que es característico de Mateo, significa postrarse en señal de veneración.

“Oído esto”, estamos en el versículo 3, *“se sobresaltó Herodes”*. Se comprende bien que el temor se apodere de Herodes; es él el rey de los judíos, y le preguntan dónde está el nuevo rey que ha nacido. Herodes estaba obsesionado por el poder, porque lo había conquistado de una manera oscura e ilícita; sospechaba hasta de los propios parientes. Asesinó, de hecho, a una docena y aniquiló incluso a dos de sus propios hijos, a uno de ellos (Aristóbulo), apenas cinco días antes de morir: Herodes estaba ya grave, por lo que Aristóbulo comenzó a preparar la sucesión al trono, vistiendo los hábitos reales. Cuando lo supo, Herodes montó en cólera y lo hizo estrangular. Su crueldad llegaba hasta tal extremo que corría entre la gente un proverbio construido con un juego de palabras: “es mejor ser un cerdo (hys) que un hijo de Herodes

(hyos)”, porque Herodes no comía la carne de cerdo – para congraciarse con los hebreos-, mientras que a sus hijos los liquidaba sin piedad alguna.

Por si no bastara, poco antes de morir llama a su hermana Salomé y le confiesa una preocupación: le resulta insoportable el pensamiento de que a su muerte, el pueblo pueda celebrar una gran fiesta. Por eso, decide darle motivos para llorar. Encierra, pues, a los cabezas de familia y a personajes ilustres del pueblo en el hipódromo de Jericó, donde tenía su residencia, dando órdenes de acabar con la vida de todos coincidiendo con su propia muerte, de modo que todo el pueblo tenga motivos para hacer duelo. Por fortuna, Salomé no obedeció la orden del hermano. Habría sido una catástrofe inaudita.

Para comprender el alcance del temor que invade a Herodes ante el anuncio de los magos, es necesario atender al texto griego, que expresa – incluso a través del sonido onomatopéyico- los matices de la idea. En griego, “se sobresaltó”, se pronuncia “etarachete”, sonido que transmite la idea de algo que provoca zozobra, trastorno. “Erode etarachete”, escuchad bien. Suena como algo que explota, que se está destruyendo. Pero no solo Herodes es presa del miedo, se nos dice que *“con él toda Jerusalén”*. El terror que invade a Herodes ante la perspectiva de que alguien le suplante en el trono resulta comprensible, pero ¿por qué habla Mateo de “toda Jerusalén”?

Los hebreos creían que Israel era el centro del mundo, en el centro de Israel se hallaba Jerusalén, y en el corazón de Jerusalén, el templo del Señor. Jerusalén no era como las otras ciudades, era la ciudad santa que Dios había elegido como morada propia. En el templo estaba la gloria de Dios, su presencia estable. En otras palabras, Jerusalén representa la institución judía.

De hecho, Jerusalén y su templo, -donde tenían lugar fastuosas ceremonias litúrgicas-, era una de las maravillas del mundo, el espacio sagrado mayor de la humanidad. Estaba dotado de un esplendor increíble, muy por encima del foro de Roma. Ceremonias, cultos, sacerdotes, personas pías y devotas por doquier constituían el panorama cotidiano. Desde hacía sesenta años, Jerusalén estaba bajo el dominio romano. Tras conquistarla, Pompeyo había impuesto una dura dominación, por lo que el pueblo esperaba con ansia la llegada del liberador. El liberador expulsaría a los invasores, haría tabla rasa de los sacerdotes corruptos e inauguraría el ansiado reino de Israel.

Entonces, ¿por qué se nos dice que el temor invade a Jerusalén? Porque Jerusalén es la ciudad de la muerte, una ciudad que desde el principio es presentada bajo una luz siniestra. De hecho, la estrella de los magos no brilla nunca sobre la ciudad. Jerusalén está a oscuras, bajo una capa mortal. En Mateo, Jesús resucitado no se aparecerá ni una vez en Jerusalén. Lo hará solo en Galilea. Jerusalén es para Mateo la ciudad asesina y maldita que asesina a los profetas en nombre de Dios. Jerusalén ha caído tan bajo porque toda su estructura se fundamenta en la religión, en lo sagrado. Jerusalén debe todo su poder y prestigio a la existencia del templo y a la religión, que los sacerdotes venden como el verdadero modo de encuentro con Dios.

Si alguien puede hacer que todo esto se venga abajo, entonces se comprende que surja el pánico por doquier. El evangelista aquí está solo anticipando lo que será el contenido de todo su evangelio. Jerusalén, en vez de acoger a su rey, se sobresalta al saber que ha nacido, porque Jesús –entre otras cosas- eliminará el culto. ¿Recordáis el episodio de la expulsión de los mercaderes del templo? No se trata –como a veces se dice, erróneamente- de una explosión de celo de Jesús encaminado a purificar el templo. Jesús no pretende devolverle al templo su esplendor o su sentido originario. Su propósito es bien distinto. Él expulsa tanto a los vendedores como a los compradores, a todos, porque no tolera que se rinda culto a Dios. Al

pueblo le venía presentado un Dios sanguijuela, que demandaba continuamente a las personas dones y ofrendas; ofrendas que, desde luego, acababan en los bolsillos de los sacerdotes. El culto es un instrumento de la religión para desangrar a las personas, sobre todo, a las personas más débiles.

Por eso, toda Jerusalén “etarachete”, queda trastornada. Jerusalén se alarma, porque comprende que, si dejan que Jesús vaya adelante, entonces estará cerca su propio fin. Inevitablemente, Jerusalén tenía que elegir: o él, o nosotros.

“*Convocó a todos los sumos sacerdotes*”; dos veces en el evangelio de Mateo encontramos esta expresión, siempre en situaciones de riesgo para Jesús. Herodes reúne a todos los sumos sacerdotes. Quiere conocer el lugar donde ha nacido Jesús, y así poderlo eliminar. Esta expresión “*todos los sumos sacerdotes*” la tenemos también en el capítulo 27, cuando se reúnen para decidir qué hacer con Jesús, y deciden crucificarlo.

“*y a los escribas del pueblo y por ellos se estuvo informando del lugar donde habría de nacer el Mesías*”. ¿Recordáis la diferencia entre “Mesías” y “el Mesías”? el Mesías era aquél que inauguraría el nuevo reino, siguiendo el ejemplo de David. Herodes está preocupado, porque teme que Jesús sea el nuevo rey que, con la violencia, le despojaría de su poder.

“*Ellos le dijeron: en Belén de Judea, porque así está escrito por medio del profeta*”. Resulta realmente muy extraño. Se han reunido los teólogos, los escribas, los sumos sacerdotes, todos los doctos conocedores de la Escritura, pero, sorprendentemente, ésta no incide para nada en sus existencias. Advertimos que el conocimiento de la Escritura no garantiza el conocimiento del Señor. Por mucho que se sepa o se estudie, si el valor del hombre no ocupa el primer lugar, no hay nada que hacer: no se llega a conocer la Escritura. Mateo lo expone claramente: todas estas personas saben dónde ha nacido Jesús, pero no mueven un dedo para ir a acoger al que es su rey.

“*Y tú Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de tí saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo, Israel*”.

En la respuesta de los escribas, teólogos oficiales, Mateo combina dos textos, según la técnica literaria de la época. Cita libremente ambos textos, que tienen que ver con la figura del Mesías. Uno es la profecía de Miqueas, en cuyo capítulo 5 se lee: “*Y tú Belén de Efrata, tan pequeña entre las principales ciudades de Judá, de tí saldrá el que habrá de ser el dominador de Israel*”. El evangelista pone en boca de los escribas esta profecía de Miqueas, pero cambia las últimas palabras, que elimina (dominador de Israel), para sustituirlas por otra cita, esta vez del segundo libro de Samuel, capítulo 5, que dice: “*El Señor te lo ha dicho: tú apacentarás a Israel, mi pueblo*”.

Es un cambio significativo: para Mateo, Jesús no es el dominador del pueblo. Censura, por ello, la última frase e introduce la idea del pastoreo de Jesús: Jesús será quien dará la vida, el alimento a las personas. En esta frase está contenido el motivo del “etarachete”, el sobresalto que invade a Herodes y a los sumos sacerdotes. Herodes teme al Mesías, los sumos sacerdotes temen al pastor de Israel. El profeta Ezequiel refiere una profecía tremenda dirigida a los sumos sacerdotes: *vosotros sois los pastores del pueblo, pero en vez de ocuparos del rebaño, lo esquilmais y lo sacrificáis en pos de vuestros intereses. Pues bien, yo el Señor, os aniquilaré a todos. Haré que surja un pastor, (o sea, un representante suyo, o bien, él mismo Yahvé), que acabará con vuestra hegemonía, pastores estafadores.*

En aquél tiempo, los sumos sacerdotes eran considerados los pastores de Israel, pero, como Jesús se lamentará viendo las multitudes, el pueblo andaba completamente descarriado, como ovejas sin pastor. Pastores había muchos, pero no hacían más que dominar al pueblo, imponiendo cargas pesadas sobre el mismo. Sabedores del nacimiento del pastor, los sumos sacerdotes presagian que se avecina el fin de su tiranía: ellos son los falsos pastores que el pastor eliminará.

“Entonces Herodes llamó aparte a los magos y por sus datos precisó el tiempo de la aparición de la estrella”. La figura de Herodes dibujada por el evangelista no corresponde al Herodes de la historia. Herodes, llamado el Grande por su astucia y sagacidad (no en vano consiguió mantenerse en el poder durante ¡cincuenta años!), aparece aquí como un hombre poco inteligente y desprevenido. Repito, una vez más, que Mateo no desea reflejar datos de crónica histórica, sino un mensaje teológico. Nos dice que Herodes envía los magos a Belén con el encargo de: *“id e indagad cuidadosamente sobre ese niño y cuando lo encontréis, comunicádmelo, para ir también yo a adorarlo”.* Esto no se tiene en pié desde el punto de vista de la historia. Con todos los informadores, esbirros, espías con los que contaba, y dado que Belén era un pueblecito minúsculo situado apenas a 6 kms de distancia de Jerusalén, Herodes no habría necesitado que unos extranjeros le informasen de nada. Además, no se hubiera fiado de sus palabras.

“Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino y he aquí que....”, Mateo nos vuelve a poner sobre aviso, nos espera otra sorpresa, *“... he aquí que la estrella”.* ¿Dónde había ido a parar la estrella? Los magos la habían seguido, pero encima de Jerusalén no había brillado. Jerusalén está envuelta por una capa siniestra, mortal. Es la sede de la institución religiosa, y por ello los signos de Dios no serán nunca visibles en ella. Quien vive dentro de la institución religiosa, dentro de la religión, no puede percibir los signos de Dios porque la religión se lo impide.

“ he aquí que la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño “. Aquí la estrella se comporta como el Dios del Antiguo Testamento que se ponía a la cabeza del pueblo para guiarlo. *“Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría”.* Es interesante comparar las dos reacciones opuestas: los judíos en Jerusalén se sobresaltan ante el anuncio del nacimiento del rey; los paganos, los no creyentes, los que son considerados malditos de Dios experimentan una enorme alegría al ver sus signos. Las personas excluidas de la religión son las que mejor perciben los signos de la presencia de Dios y más se alegran. Jerusalén se asusta por lo que puede perder, los paganos se alegran por aquello que le van a ofrecer seguidamente.

“Entrando en la casa...”. Cuando montéis el nacimiento, seguiréis colocando la gruta o la cabaña, pero ¡atención!, eso es sólo una pia y hermosa tradición, lo que dice el evangelio es otra cosa bien distinta. Mateo no deja lugar a dudas: Jesús nace en una casa. No había allí ni mula ni buey, son las tradiciones del pasado las que han desnaturalizado este episodio haciéndole perder su significado original.

En el evangelio de Lucas aparece aún más claro, pero podemos ahora anticiparlo. En el evangelio, no se habla para nada de esta pareja de esposos descuidados que llega a Jerusalén justo en el momento en que María debe dar a luz, una pareja que nadie quiere acoger. Por eso, tiritando de frío, se refugian en una gruta en la que, por fortuna, había animales que dan calor a Jesús. ¡Nada de esto! Jesús nace y vive en una casa. Naturalmente, en una casa palestina de entonces, que en nada se parecía a las nuestras actuales.

“Entrando en la casa vieron al niño con María”: El padre, José, ya ha sido eliminado por el evangelista. Mateo desea subrayar que Jesús ha nacido por una intervención extraordinaria de parte de Dios, por obra del Espíritu Santo, pero también quiere enlazar con la tradición bíblica, en la que el rey era siempre presentado junto a la reina madre. La eliminación de la figura de José permite presentar a Jesús y a la madre como el rey y la reina madre, pero no en el templo, sino en una casa normal, que es donde reside el Dios-con-nosotros. Para él, no hay necesidad de templos, sino de ambientes familiares.

¿Recordáis? Mientras que Herodes y los habitantes de Jerusalén tiemblan al pensar lo que van a perder, los paganos gozan ante la idea de lo que van a ofrecer al neonato. *“Postrándose, le adoraron, abrieron luego sus cofres y le ofrecieron.....”* Este verbo ofrecer es un verbo técnico. En aquella época, había reglas precisas de escritura. Así, el uso de algunos verbos o sustantivos quedaba restringido sólo para algunos momentos concretos o para expresar determinadas verdades. En boca de los paganos, nunca se usaba el verbo “ofrecer”, pues era un verbo exclusivo del pueblo judío. De los paganos se decía “dar, presentar, etc”, pero nunca “ofrecer”. El evangelista infringe esta norma.

“le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra”. Son tres dones de una importancia extraordinaria, en los que el evangelista anticipa y resume todo el mensaje del evangelio. El oro es símbolo de realeza. Ofreciéndolo a Jesús –que ha sido presentado como el rey junto a la reina madre-, los magos proclaman que él no es sólo rey de los judíos, lo es también de los paganos. La prerrogativa de exclusividad que tenía el pueblo de Israel como reino de Dios, se extiende ahora a toda la humanidad.

El oro, pues, recuerda la realeza y el reino de Dios. Es éste un argumento central en todo el evangelio: Jesús, el Dios-con-nosotros, ha venido a inaugurar el reino de Dios. El reino de Dios es ilimitado, no conoce confines, y tiene por objeto la humanidad entera; más allá de religiones, culturas, condiciones, etc, la humanidad es abrazada por el amor de Dios. Pero esto creará un conflicto entre Jesús y los suyos, porque mientras Jesús ha venido a anunciar el reino de Dios, ellos piensan, en cambio, en el reino de Israel.

Hay un episodio que, de no ser por su dramatismo, produciría hilaridad. En los Hechos de los Apóstoles (que constituye la segunda parte del evangelio de Lucas), Jesús resucitado, dándose cuenta de que sus discípulos no han comprendido nada acerca de su muerte y resurrección, les da un “curso acelerado e intensivo de catecismo”. Durante cuarenta días, nos dice Lucas, les habla del reino de Dios. Después de este largo periodo de instrucción, un discípulo “levanta la mano” y pregunta: todo eso está muy bien, pero ¿el reino de Israel cuándo lo vas a instaurar?... ¡El pueblo pensaba solo en el establecimiento triunfante del reino de Israel!

¿Qué significa reino de Israel? Significa la hegemonía de una nación y religión que debe dominar sobre todas las demás. Jesús da la espalda a este modo de razonar. El desea establecer el reino de Dios, no el reino de Israel; no el dominio, sino el servicio a toda la humanidad. La ofrenda del oro indica precisamente que los paganos aceptan este tipo de realeza, que lo acogen como Señor. De este modo, queda abolido el sistema que se fundaba en tres columnas definidas sagradas, o sea, tres columnas que representaban valores vitales, de tanta importancia que su defensa justificaba el sacrificio de la propia vida o de la vida de los otros. Eran los tres valores sobre los que se apoyaba la sociedad: Dios, patria y familia. Jesús demostrará que estos tres valores no solo no tienen carácter sagrado, sino que son, en realidad, diabólicos, porque se oponen a los designios del Padre.

En lugar del reino de Israel, en lugar de la patria, Jesús anunciará el reino de Dios. “Los

confines de la nación”, “el sagrado suelo de la patria”, son expresiones hipócritas que esconden solo el egoísmo de quien no desea compartir con los otros el propio bienestar. Existe solo el reino de Dios, que no conoce ningún tipo de confines.

El peligro que acecha a la comunidad cristiana, y que condujo a los discípulos a traicionar a Jesús, no es otro que el nacionalismo religioso. Cada nación se siente bendecida por el Señor, piensa tener el privilegio de la elección, e incluso se hace la ilusión de tener una misión que realizar en relación con los otros pueblos. Una misión, que en definitiva, se reduce a dominarlos y explotarlos, como astutamente pretende hacer pensar la propaganda.

El segundo don de los magos es el incienso. Mirando las cosas desde el punto de vista histórico, podemos pensar que, al fin y al cabo, recibir un regalo en oro le vendría bien a la familia de Jesús, María y José. Pero, ¿y el incienso? ¡Con el incienso no se come! Es necesario pensar desde otra dimensión. El incienso era el elemento específico del servicio sacerdotal: era uno de los objetos empleados en el ritual del templo para los sacrificios de acción de gracias y para solicitar la protección divina. Era de uso exclusivo de los sacerdotes.

Aquí se realiza, pues, todo cuanto hemos dicho antes: el privilegio que los judíos se adjudicaban a sí mismos, la prerrogativa de ser el pueblo sacerdotal, el pueblo que vive en contacto directo con Dios, no queda ya restringido a una única nación, sino que se extiende a toda la humanidad. En este momento de la narración, el elemento más novedoso y sorprendente es que se trata de paganos, personas que veneran otras divinidades y que viven fuera de la ley. También a ellos se les concede la posibilidad de vivir en estrecho contacto con Dios. Como véis, el evangelista no hace sino anticipar lo que será después la predicación de Jesús y de las primeras comunidades cristianas.

Finalmente, la mirra. También con la mirra se repite el mismo discurso. En el Antiguo Testamento, y, especialmente, en el libro del Cantar de los Cantares, la mirra es el ungüento con el que la esposa se perfuma para su rey. Es el perfume de la esposa, que ella rocía en su lecho y en su cuerpo para su esposo. La relación entre Dios y su pueblo –de un modo particular en los escritos proféticos, entre ellos, Oseas es el más destacado- era pensada y expresada en términos esponsales. Dios era el esposo y el pueblo de Israel era la esposa. Pues bien, incluso esta prerrogativa exclusiva del pueblo de Israel se abre ahora y se extiende a todos los pueblos paganos. No se puede ya hablar en términos excluyentes de un pueblo que es la esposa del Señor. Decir esposa indica comunicación íntima, relación íntima. Toda la humanidad está llamada a ello.

Por consiguiente, las tres características que se consideraban exclusivas de Israel (tener a Dios por rey, ser el pueblo sacerdotal y ser la esposa de Dios) se extienden ahora a los paganos. Como véis, más allá de la anécdota y por encima del folklore, este episodio de los magos posee un profundo significado teológico, y demuestra de por sí lo que es el motivo conductor de la acción de Jesús, el Dios-con-nosotros.

El amor de Dios abraza a todos los seres humanos. Es un anuncio importante, porque la religión tiende siempre a discriminar, tiende a dividir a las personas entre creyentes e incrédulos, santos y pecadores, justos y perversos, merecedores del amor de Dios y no merecedores. Aquí estamos ante paganos que, en teoría, no merecían nada. La gran novedad se halla en la transición definitiva desde la religión a la fe. En la religión, el hombre debe hacerse merecedor del amor de Dios, y tal obligación condiciona ineludiblemente sus acciones y comportamientos. Con Jesús, el Dios-con-nosotros, no es ya necesario merecerse el amor de Dios a base de esforzarse. Se trata de acogerlo como regalo gratuito que Dios nos hace. Es ésta la enorme diferencia que

existe entre la religión y la fe. Es por ello que el amor de Dios se derrama sobre todos aquellos que lo desean recibir, sin ningún condicionamiento.

“Avisados en sueños que no volvieran donde Herodes, se retiraron a su país por otro camino”.

Algo más adelante, el autor del evangelio revelará su propia identidad de escriba. ¿Quién eran los escribas? Eran personas que dedicaban toda su existencia al conocimiento de la Sagrada Escritura. Mateo escribe para personas que pertenecen a este ambiente cultural judío, por lo que usa diversos matices que pueden parecer irrelevantes, pero que, en realidad, poseen una importancia capital. No hay una letra del evangelio que haya sido puesta por casualidad. Cada palabra, cada elemento que el evangelista incluye en su escrito supone un recuerdo o una referencia a la historia, a la cultura, a las tradiciones del pueblo de Israel.

Así, por ejemplo, la expresión: **“... se retiraron a su país por otro camino”**. Un lector despreocupado no percibe ningún contenido espectacular en ella. Pero para quien conoce la historia de Israel, se enciende en seguida una luz potente. ¿Qué quiere decir “por otro camino”? En Israel, había un santuario llamado Bet-El (que significa “la casa de Dios”; el término bet en hebreo significa casa, Bet-lemme (Belén) significa casa del pan). Uno de los nombres de Dios en hebreo es El y Bet-El era el primer santuario construido en Israel. Posteriormente, surgieron desviaciones y cultos idolátricos, consecuencia de los cuales fue colocado un becerro de oro en el puesto de Dios. De este modo, el nombre “Bet-El” se transformó en “Bet-Aven” que significa casa del pecado, o casa funesta.

La casa de Dios se había convertido en casa funesta, a causa de la prostitución del pueblo que había colocado en su interior un ídolo de oro. En los libros de los profetas, esta expresión “por otro camino” (rarísima en el Antiguo Testamento) venía usada para indicar el abandono del santuario de Bet-El que había quedado del todo desvirtuado, pasando a cobijar el pecado. Se trata, pues, de una denuncia que hace el evangelista en relación a Jerusalén. Una denuncia cifrada, si queréis. Jerusalén no es ya la casa del Señor, sino la casa del pecado, porque en vez de acoger el don de Dios para la humanidad, se ha sobresaltado ante el anuncio de su presencia e intenta eliminarlo

“Después que ellos se retiraron, el ángel del Señor...”, lo recuerdo una vez más: el ángel del Señor es el Señor mismo cuando entra en contacto con la humanidad, y este Dios aparece siempre en referencia a la vida de Jesús: para anunciarla, para defenderla ante los planes homicidas que urde Herodes y para anunciar la victoria de la misma en la resurrección.

“...se apareció en sueños a José y le dijo: levántate. Toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te lo diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarle”.

Aquí, el evangelista hace una denuncia tremenda. Conocéis la historia del pueblo de Israel: los hebreos eran esclavos en Egipto y desde allí huyen hacia la tierra prometida. Ahora, en cambio, la tierra prometida se ha transformado en tierra de esclavitud, una tierra de muerte de la cual es necesario alejarse huir para refugiarse en Egipto. Mateo anticipa aquí lo que harán los sumos sacerdotes: lo que no fue capaz de hacer su padre Herodes, lo hará el hijo Herodes Antipas con la ayuda de los sacerdotes y escribas.

“El se levantó, tomó de noche al niño y a la madre y se retiró a Egipto”, hasta ahora se ha hablado de un sueño, pero no se había hecho mención a la noche. Ahora se añade este elemento precioso: de noche. ¿Por qué esta indicación precisa? El éxodo del pueblo de Israel, la salida de Egipto libre de la esclavitud tuvo lugar de noche. Mateo está anticipando el tema de la Pascua, la verdadera liberación del pueblo. Egipto, que había sido tierra de esclavitud, es ahora tierra

que acoge.

“...y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: de Egipto llamé a mi hijo. Entonces, Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén”

Herodes fue un gran asesino, un hombre sin escrúpulos que mató a los propios hijos, pero el único crimen que históricamente no se le puede imputar es la matanza de los niños de Belén. Historiadores contemporáneos de Herodes han escrito listas detalladas de sus crímenes espeluznantes, pero no se encuentra huella por ningún lado de la supuesta matanza de Belén. Aquí, el evangelista ha querido establecer un paralelismo con lo sucedido en la historia de Israel. ¿Qué hizo el faraón? Decidió aniquilar a todos los niños varones de Israel. La historia, pues, se repite. Estamos ante un nuevo faraón, Herodes, que decide acabar con todos los niños. Son, pues, indicaciones teológicas, no son datos de crónica histórica.

“Indicaciones teológicas” significa elementos que indican una verdad, aunque no se trate de un hecho histórico. En la mentalidad oriental, lo que es verdadero no debe ser necesariamente histórico. En occidente, al contrario, lo que es verdadero debe siempre corresponder a un hecho histórico, comprobable. Por eso, una cosa es la historia y otra cosa es la verdad. Lo que no es histórico, no es verdad. En oriente, lo que importa es transmitir la verdad, con independencia de sus connotaciones históricas. Pongamos un ejemplo para entendernos mejor. En Washington hay un célebre cuadro en que aparece Abraham Lincoln, el primer presidente de Estados Unidos, retratado mientras rompe las cadenas de un esclavo negro. ¿El pintor está representando un hecho histórico o una verdad? Naturalmente, una verdad, porque Lincoln nunca rompió con sus manos las cadenas de los esclavos. Pero el pintor, aun sabiendo que históricamente no fue así, expresa la abolición de la esclavitud llevada a cabo por Lincoln de una manera plástica, de modo que la verdad resulte más incisiva e impacte más a la gente. Y de este modo, consigue transmitir la historia, que no es otra que la abolición de la esclavitud.

Así precisamente fueron escritos los evangelios. No se proponen transmitir relatos refrendables históricamente –aunque contienen elementos históricos–, sino transmitir verdades. Y, ¿cómo lo hacen? Lo hacen de una manera visual, comprensible a todos, como lo son las pinturas o los frescos. Cuando se estudia arte se comprende la necesidad de unas claves de interpretación brindadas por el artista para percibir toda la riqueza de significados presentes en una obra. En suma, el evangelista no pretende referir uno de los numerosos crímenes que Herodes perpetró; está haciendo una lectura teológica del personaje. Quiere mostrar cuál es la respuesta que el poder ofrece siempre a los dones de Dios.

Todos conocemos el relato de la Pascua. Según el libro del Exodo, Dios, para liberar a una pequeña tribu de beduinos, cumple un exterminio totalmente desproporcionado. En comparación, la matanza de los niños que ordena Herodes no pasa de ser un “juego de niños”. Como mucho, habrían muerto en Belén unos veinte críos. El padre eterno, en cambio, hace las cosas a lo grande y aniquila a todos los primogénitos de los egipcios, que era el imperio mayor del tiempo. Y por si fuera poco, no termina ahí la cosa. Dice el éxodo que el padre eterno, que al parecer era meticuloso al máximo, no aplica esta medida solamente a los egipcios (que después de todo, siendo unos delincuentes, se podría incluso comprender), la hace extensiva ¡hasta el primogénito del último de los esclavos reclusos en las cárceles del faraón! Mayor desgracia, imposible: en la cárcel y además, con el hijo muerto. Como véis, es un relato intolerable desde cualquier punto de vista. Dios no puede destruir a un pueblo para salvar a unos pocos beduinos.

El caso es que Dios no ha acabado con la vida de nadie. El autor del libro del Exodo nos quiere transmitir verdades. Y ¿cuál es la verdad?: que Dios está siempre de la parte del más

débil, nunca se alía con el más fuerte. Se pone al lado del humillado, no junto al que humilla; se hace uno con el vencido, no con el vencedor.

Cuanto dice el evangelista: *“envió a matar a todos los niños de Belén y de su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había preciosado por los magos”*, todo esto, está presente solo en el evangelio de Mateo. ¿Por qué?: todos los evangelios transmiten la misma verdad, pero cada uno lo hace de acuerdo con la propia línea teológica. Mateo se encuentra ante un problema: él escribe para judíos que han reconocido en Jesús al Salvador y Mesías, pero siempre y cuando sus comportamientos sean acordes a la ley de Moisés. Su comunidad se resiste a aceptar plenamente a Jesús porque debe, de algún modo, seguir las huellas de Moisés.

Entonces, Mateo, hábil teólogo, hábil escriba, presenta a un Jesús superior a Moisés, y para hacer esto va calcando los acontecimientos de la historia de Moisés, comenzando ya desde la composición de su evangelio. Moisés, según la tradición, había escrito los cinco primeros libros de la Biblia, el Pentateuco, los cinco libros de la Ley. ¿Qué hace Mateo? Divide su evangelio exactamente igual: cinco partes como los cinco libros de Moisés, cada una de las cuales termina con las mismas palabras que lo hace el Pentateuco en sus cinco libros.

Después, inicia a calcar la vida de Moisés, presentando la de Jesús. ¿Cuál fue el primer episodio, clamoroso, de la vida de Moisés? Moisés debe su salvación a la intervención de Dios que lo salvó del exterminio de todos los niños de los hebreos, dispuesto por el faraón. Bien, igual que Moisés se salvó por la mano de Dios, Jesús se salva de la matanza que ha organizado el nuevo faraón, Herodes.

Moisés debe su importancia en la historia del pueblo al momento extraordinario en el cual, en el monte Sinaí, recibe de manos de Dios la alianza con su pueblo. Es por esto que en el evangelio de Mateo Jesús sube a un monte, que representa el monte Sinaí. Pero no sube para encontrar a Dios, sino que él, que es Dios, estipula desde allí la nueva alianza con el pueblo. Los diez mandamientos son reemplazados por ocho bienaventuranzas.

Y del mismo modo se desarrolla todo el evangelio. El último gesto de la vida de Moisés es cuando muere en el monte Nebo, con la necesidad de dejar a un sucesor tras de él. Mateo es, por esta razón, el único evangelista que concluye su evangelio sobre un monte, pero no con una escena de muerte, sino con la plenitud de la vida. Pero Jesús resucitado, vencedor sobre la muerte, no tiene necesidad de establecer quién será su sucesor. Él permanece presente, y sus últimas palabras son: *“Yo estoy con vosotros todos los días”*.

“Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías” aquí Jeremías cita una antigua tradición que situaba la tumba de Raquel cerca de Belén, y describe a Raquel que llora desconsolada por su pueblo deportado.

“Muerto Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y ponte en camino hacia la tierra de Israel, pues ya han muerto los que buscaban la vida del niño”.

No habla solo de Herodes, lo hace en plural, de aquellos que querían eliminar al niño. No es el rey la única amenaza, también los sumos sacerdotes pretenden quitarlo de en medio.

“El se levantó, tomó consigo al niño y a su madre....”, aquí, el flujo del discurso induciría a

esperarse una mención al regreso a la tierra de Israel, de donde había salido en su día. En cambio, el evangelista, sutilmente, no usa el verbo “regresar”, sino “entrar” “*y entró en tierra de Israel*”. Con ello, Mateo hace referencia una vez más al Exodo, porque se trata, en efecto, de un nuevo Exodo para el pueblo.

“Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí, y, avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea y fue a vivir en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera el oráculo de los profetas: será llamado nazoreo”.

¿Qué significa esta palabra “nazoreo”? La verdad es que no se entiende bien. Podría tratarse de habitante de Nazaret, pero entonces tendría que decir “nazareno”. Si Mateo emplea aquí este término de significado un tanto velado, tal vez es porque ve en Jesús el cumplimiento de una profecía del profeta Isaías (11,1-2), que dice: “*saldrá un vástago del tronco de Jesé, un retoño de sus raíces brotará, reposará sobre él el espíritu de Yahve*”. Jesé era el padre de David, y el término hebreo “retoño” se dice nezer. He aquí, entonces, el probable origen del término nazoreo. El evangelista está afirmando que Jesús será el retoño sobre el que reposará el espíritu del Señor. Esto explicaría por qué en las escenas sucesivas del evangelio se describe el bautismo de Jesús en el Jordán, con el Espíritu de Dios que lo envuelve.

El capítulo primero termina con las palabras: “*...será llamado Enmanuel, que significa Dios-con-nosotros*”, el capítulo segundo concluye “*...será llamado Nazoreo*” o sea, el hombre sobre el cual descenderá el Espíritu de Dios. Dejamos ahora espacio para vuestras preguntas.

Pregunta (no se entiende, hace referencia al término nazoreo).

Respuesta. Esta es una de las interpretaciones que se solían hacer. ¿Quién son los nazireos? El Nazireato consistía en un voto, una promesa que hacían algunas personas a Dios. De acuerdo con el mismo, vivían de modo ascético, no se cortaban el pelo, no bebían vino, etc. A tenor de lo que escribe Mateo, ésta es una interpretación legítima. Ahora bien, el comportamiento de Jesús no parece el de un hombre que haya hecho un voto a Dios. En él se expresa, más bien, la plenitud de la divinidad.

Además, sería una contradicción con lo que el evangelista ha afirmado acerca de Jesús, o sea, que es el Dios-con-nosotros. La idea de un voto a Dios pertenece al ámbito de la religión, precisamente ese mundo que Jesús abolió sin paliativos: hacer un voto es ofrecer a Dios algo para que Dios a su vez, recompense con otras cosas. Ya desde el bautismo vemos que en Jesús reside la plenitud de la divinidad, lo que hace improbable una lectura de ese tipo.

Pregunta. *He quedado un poco desconcertado con su intervención, porque –si he entendido bien– usted destruye la concepción clásica de religión y hace que se desmorone todo lo que considerábamos como núcleo de la misma.*

Respuesta. Te agradezco que hayas formulado esta pregunta, pues me permite precisar mejor mi argumento. Si buscamos la voz “religión” en un diccionario bíblico, estamos destinados al fracaso, porque en los evangelios no se habla nunca de religión. Por religión se entiende siempre el culto pagano, aquello que el hombre debe hacer para Dios. La gran novedad que trae Jesús es la de un Dios que no se da tregua en favor de los hombres, sin exigir nada de ellos. Por tanto, el lenguaje no correspondía a la novedad de Jesús, y fue acuñado un término nuevo, el término

“fe”, que significa la acogida, o sea, la respuesta a cuanto Dios hace por nosotros.

La diferencia es notable. Por desgracia, en el lenguaje popular la fe es concebida como un don que Dios hace al hombre. Con esa idea se desvirtúa todo, porque lo que salta a la vista es la imagen de un Dios caprichoso que a algunos concede mucha fe, a otros poca, y a algunos, nada de nada. Y estos últimos que, supuestamente, no la han recibido, se consideran exentos de todo. Esta imagen no es correcta en absoluta. La fe no es un don que Dios concede, sino la respuesta de los hombres al don de amor de Dios. El episodio de la curación de los diez leprosos que narra el evangelio de Lucas demuestra claramente que es así. El don de amor se les hace por igual a los diez leprosos, todos quedan curados, pero solo uno regresa dando las gracias. ¿Qué dice entonces Jesús? *“Ve, tu fe te ha salvado”*. Todos han sido curados, pero solo uno se ha salvado. ¿Qué ha supuesto la fe para este leproso? Él no tenía fe antes de ser curado. La fe se debe a que, viéndose sanado, ha agradecido, ha respondido al Señor. El don de amor se le hace a todos. Los que lo acogen, y solo ellos, responden con la fe.

Por eso, lo que Jesús vino a presentarnos no es una religión, un conjunto de prácticas, de conductas que el hombre debe observar en relación a Dios, sino una fe, que quiere decir acogida de Dios, del Dios-con-nosotros, y con él y como él, dirigirse hacia los demás. Hay, pues, dos caminos distintos: en la religión, el hombre está orientado hacia Dios, y Dios es la meta de su existencia; lo que el hombre hace, lo hace para Dios. Ama al hermano por Dios, a fin de obtener méritos y hacerse digno a sus ojos; como se dice a veces, hace las cosas “por caridad cristiana”. Se reza, se sacrifica, se ama, se ayuda a los demás, pero el objetivo es Dios. Esto es la religión.

El evangelio de Mateo transforma y derriba desde la raíz todo este sistema, porque Jesús aparece como el Dios-con-nosotros. Es Dios quien toma la iniciativa, es un Dios que invade con su amor, que comunica su amor. Dios y el hombre se convierten en una sola cosa. Este es el objetivo de la vida del creyente: fundirse con Dios, lo cual no significa quedar disminuidos, perder su propia riqueza, sino, por el contrario, ser potenciados. Es Dios quien comunica su fuerza. ¿Recordáis?, lo hemos dicho varias veces, Dios no absorbe las energías de los hombres, les comunica las suyas. El hombre entonces, ¿qué hace? No hace más que dilatar su vida hacia los otros hombres, con Dios y como Dios.

Así pues, no es ya Dios como meta, sino Dios al inicio del camino y con él, y como él, se trata de dirigirse hacia los otros. Es la imagen clásica de la piedra lanzada en medio del lago: una vez lanzada, se van formando una serie de olas que gradualmente se expanden hasta alcanzar la orilla. Esta piedra es la fuerza del amor de Dios. Quien se deja envolver y revestir por él y lo acoge con corazón abierto, queda potenciado por el mismo, un amor que enriquece al hombre y le hace llegar a ser un don para los demás. Esta es la fe. Por eso, sería más correcto hablar de fe cristiana, en vez de religión cristiana. Con Jesús, se ha acabado la religión.

Pregunta. *Entonces, quien sigue la religion, quien hace todo dirigido hacia Dios, ¿se puede decir que se equivoca? ¿Puedes estar ahí parado, sin ir a la iglesia, sin rezarle a Dios, o sea, sin ninguna respuesta de agradecimiento?*

Respuesta. Dentro de un momento nosotros, en flagrante contradicción con cuanto hemos dicho hasta aquí, vamos a celebrar la Eucaristía. Parece una contradicción, pues hemos dicho que Dios no desea culto alguno, que se ha acabado la época de los santuarios, etc.

Bien, ¿qué es la eucaristía? La eucaristía no es un culto que nosotros rendimos a Dios. Dios no necesita nuestro culto. La eucaristía es el momento privilegiado para la comunidad cristiana en el que Dios se pone al servicio de los suyos y les comunica su misma fuerza. En el evangelio de Lucas, precisamente durante la eucaristía, Jesús dice estas palabras: *“Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve”*.

La eucaristía no es un servicio a Dios; Dios no precisa nuestros servicios. La comunidad que ha aceptado su mensaje y se esfuerza por vivirlo, encuentra ahora un momento de reposo. Dios la hace descansar, se pone a su servicio y le comunica su misma fuerza, energía que la hace capaz de realizar un servicio cada vez de más calidad y mayor profundidad. El momento central y determinante de la eucaristía es cuando Jesús, el hijo de Dios, se hace pan para todos, a fin que todos lleguen a ser hijos de Dios. Al final del evangelio de Lucas, encontramos una espléndida ilustración acerca de la eucaristía. Lucas habla del dueño de una casa que regresa de un viaje a media noche. Encuentra a sus servidores despiertos, y ¿qué hace con ellos? La respuesta lógica sería pensar que ordena que le sirvan. En cambio, dice Lucas, los llama uno a uno y se pone a servirles. Como veís, ¡cambia completamente la imagen de Dios! Cuando el Señor encuentra a sus hijos (no a sus siervos, porque nosotros no somos siervos, sino hijos) dedicados al servicio del prójimo, el Señor los invita a reposar y él mismo restaura sus fuerzas, hace fuertes a sus hijos comunicándoles su propia energía.

El culto que se nos invita a realizar consiste en aceptar el amor de Dios y prolongarlo hacia los otros. Todas nuestras oraciones y actitudes espirituales deben tener este enfoque. La plegaria que nace y muere para el interés del individuo es inútil, dañina y peligrosa. La oración siempre debe impulsar al servicio del otro, debe hacer que la persona salga fuera de su propio ámbito vital.

La eucaristía, el culto y cualquier momento de nuestra vida espiritual debe tener siempre el mismo objetivo: nutrirnos de la energía de Dios para poder amar y servir más. Dios es acción creadora en continuo movimiento. Quienes la saben acoger y la transforman en nueva energía de amor, de perdón y de condivisione se realizan a sí mismos, porque el flujo de la creación irrumpe con fuerza dentro del ser humano. Nuestra vida no se ha agotado en el momento de la creación. Estamos continuamente in fieri, en proceso de ser creados y cada persona a la que hacemos espacio en nuestra vida supone un paso adelante en dicho camino.

Pregunta. *Quería preguntarte acerca de la analogía que has establecido entre Moisés y Cristo, siguiendo la construcción que hace Mateo. En el monte Sinaí, Moisés da el decálogo y, por consiguiente, la alianza. Mateo hace la analogía con el monte y las bienaventuranzas. Me pregunto si es correcto pensar que Mateo quiere mostrarnos a Cristo como la realización plena de cuanto fue prefigurado en el episodio del libro del Exodo.*

En segundo lugar, cuando hablamos de Dios-con-nosotros, o sea, Cristo, que es la objetivación del mismo, y el Espíritu de Dios que aletea sobre Cristo en el bautismo, ¿cómo podemos entender la diferencia de la acción entre ellos?, y ¿en qué modo esta nueva imagen de Dios se disocia de la imagen que transmitía el Antiguo Testamento?

Respuesta. El evangelio narra que en una ocasión, Jesús tiene un problema con los mandamientos. Se dirigen a él para ponerlo a prueba, y le preguntan cuál es el mandamiento más importante. Según el decálogo, había diez mandamientos, bueno, diez para los hombres y nueve para las mujeres, todos ellos bien conocidos. Quienes interrogan a Jesús, obviamente conocían bien la respuesta. Los rabinos enseñaban que el más importante es aquél que Dios mismo reputa como el de mayor valor, tanto es así que él mismo lo observa.

¿Cuál es este único mandamiento que el mismo Dios observa? ¡El reposo del sábado! De acuerdo con el libro del Génesis, se pensaba que Dios había descansado el séptimo día. Por eso, la ley estipulaba la obligación absoluta de reposar en sábado. Sin embargo, la ley, habiendo sido escrita por los hombres, dejaba algún que otro resquicio para las triquiñuelas astutas de los varones. Si leemos el decálogo (del que tenemos dos versiones, una bien distinta de la otra, aunque en este caso concuerdan plenamente), en Exodo 20,8 y en Deuteronomio 5,12 encontramos:

“... seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el día séptimo es día de desanso para Yahve tu Dios. No harás ningún trabajo ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el forastero que habita en tu ciudad. Pues en seis días hizo Yahve el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen y el séptimo descansó; por eso bendijo Yahve el día del sábado y lo hizo sagrado”.

¿Véis? El sábado ni siquiera las bestias trabajan. Sin embargo, hay alguien que falta en esta lista. ¿Quién es? ¡La mujer, la esposa!, porque alguien debe trabajar el sábado. La mujer vale menos que los animales de carga, menos que la vaca. Sí, ciertamente es palabra de Dios, pero escrita por los varones que se han sabido guardar sus privilegios.

Para los hebreos, por tanto, el mandamiento del reposo sabático era el más importante. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que para la violación voluntaria de este mandamiento estaba prevista la pena de muerte. La observancia de este mandamiento equivalía a la observancia de toda la ley. Transgredirlo significaba ignorar toda la ley, y de ahí, el castigo con la pena de muerte. Por ello, han tendido una trampa a Jesús para verificar su grado de ortodoxia. Pero la respuesta que Jesús les da es del todo desconcertante. El no cita ningún mandamiento, por supuesto ninguna mención al tema del sábado. Simplemente los ignora.

Entre Jesús y los mandamientos de Moisés debía haber, pues, bastante tensión. En su respuesta, Jesús eleva al rango de mandamiento cosas que no lo eran: la primera parte de lo que era el credo de Israel, “amarás al Señor tu Dios”, que no formaba parte de los mismos, y “amarás a Dios como a ti mismo”, introduciendo aquí un precepto del libro del Levítico. Pero hay que tener en cuenta que esta respuesta se la da Jesús a los fariseos que le interrogan. No es ésta una enseñanza dirigida a la comunidad cristiana.

Jesús resume en estas palabras el vértice de la espiritualidad hebrea: ama a tu prójimo como a tí mismo. Pero no es ésta su doctrina. Está solo refiriendo la creencia de los hebreos. De hecho, ¿qué significa amar al prójimo como a sí mismo? Quiere decir que el criterio de este amor es uno mismo y, dado que todos somos limitados, el amor que se siga de ahí será inevitablemente limitado. Si uno ama como se ama a sí mismo, proyectará en ese amor los propios límites.

Jesús supera todo esto. En el evangelio de Juan, nos dice *“... os dejo un mandamiento nuevo”*. En la lengua griega, nuevo se dice de dos maneras. Una significa “añadido”, la otra, indica una cualidad que suplanta todo lo previo. Jesús emplea este segundo significado. Resulta clamoroso que en el único mandato que deja a los suyos no sea mencionado Dios, *“.. os dejo un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado”*. Conviene fijarse con atención en los tiempos verbales. No se habla en futuro, “como yo os amaré”. De haber sido así, se podría pensar en el ejemplo de Jesús muriendo en la cruz. No. Jesús dice, amaos unos a otros como yo os he amado, no como os amaré.

Y ¿cómo ha amado Jesús? En el capítulo 13, el evangelista empieza con estas palabras: *“...los*

amó hasta el extremo". ¿De qué modo? Lavando los pies de los discípulos, la parte del cuerpo más sucia y repugnante. En el único mandamiento que debe observar la comunidad cristiana, el del amor recíproco, el modelo no es el individuo (amo a los demás como me amo a mi mismo), sino el amor del Señor, que equivale al servicio. Se ama al otro no teniendo miedo o asco de tratar la parte más sucia y menos pura, en otras palabras, prestando el servicio voluntariamente, por amor, de los otros.

En su respuesta, Jesús elimina los mandamientos. En otro episodio, los fariseos vuelven a la carga y le preguntan qué mandamientos hay que observar para entrar en la vida eterna. Los mandamientos habían sido esculpidos en las famosas tablas de piedra, dos tablas cuyo valor era muy diferente. En la primera, estaban los tres mandamientos absolutos que tienen que ver con las obligaciones con respecto a Dios. En la otra tabla, estaban esculpidos desde el cuarto hasta el décimo mandamiento para los hombres, o el noveno para las mujeres. La respuesta de Jesús a esta nueva interrogación tiene un carácter devastador. Él ignora los mandamientos referidos a Dios y enumera solo algunos, no todos, referidos al comportamiento hacia los otros seres humanos. Para entrar en la vida eterna, no importa si se ha creído en Dios o no, si se ha rezado o no, si se ha participado en el culto o no. Esta es la apertura universal del mensaje de Jesús. Muchas personas no creen en Dios porque les ha sido presentada una imagen miserable del mismo, una imagen tan estúpida e irrisoria que no podían más que rechazarla. También estas personas son destinatarias del mensaje y del amor de Dios. No importa la actitud hacia Dios. Importa el comportamiento hacia los otros.

Respecto a tu segunda observación, me permito dar una respuesta simple a una pregunta muy, muy compleja. Este Dios que se manifiesta en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, ¿qué significa? Hace años, recordaréis, hubo una polémica muy fuerte con las feministas, que exigían cambiar este nombre de "padre". En realidad, Dios es llamado "padre" porque refleja la cultura de la época. En el mundo hebreo no existe la palabra "progenitores, padres". Solo el hombre engendra, para ellos, la mujer se limita a alumbrar la nueva vida. La vida la comunica el padre. Jesús se dirige a Dios llamándolo Padre porque de él deriva la vida, una vida que, siendo de cualidad divina, es indestructible. He aquí el significado de vida eterna. Jesús es aquél que ha acogido esta acción creadora de la vida de Dios y la ha realizado con plenitud. Jesús es el hijo, no en sentido de exclusividad, sino por ser el primero de muchos. El evangelio de Juan dice *"a todos los que la recibieron (la palabra) les dió poder de hacerse hijos de Dios"*.

Hijos de Dios no se nace, se llega a ser, acogiendo su acción creadora. Esta fuerza de amor que emana de Dios y que da a todos los seres humanos la posibilidad de ser llamados *hijos* es lo que nosotros llamamos Espíritu. ¿Qué es el Espíritu? En el mundo hebreo eran poco elucubrativos, eran bien concretos. La persona muere cuando se queda sin respiración, sin aliento vital. El aliento coincide con la vida. Pues bien, Espíritu de Dios indica el aliento de Dios, su vida, y es llamado Santo por la actividad que ejerce en favor de los hombres.

La palabra Santo procede de una raíz que significa separar. El que acoge esta vida de Dios, de manera voluntaria se separa gradualmente del mundo de las tinieblas y del mundo del mal. Así pues, Dios como Padre comunica vida; Dios-Jesús ha realizado en sí esta vida con una plenitud única e irrepetible; y esta es la posibilidad que se les ofrece a todos aquellos que acojan este Espíritu de parte de Dios.

Tercer encuentro

Iniciamos ahora los dos capítulos del evangelio de Lucas. Decíamos que el mensaje que pretenden transmitirnos los evangelistas es idéntico, aunque las formas y modalidades con que lo hacen sean diferentes. El anuncio que proclaman, o sea, esta palabra de la que se dice que representa una llamada a la vida, es siempre el mismo. No es posible armonizar el contenido del evangelio de Mateo con el de Lucas. Los mismos protagonistas varían según el evangelio. En Mateo, José ocupaba el puesto central. En Lucas, José es un figurante, una simple comparsa. El protagonismo absoluto será asumido por la figura de María.

Sirviéndome de una metáfora ilustrativa, diría que para escribir su obra, Lucas no usa tinta, ¡emplea ácido sulfúrico! Tal es la virulencia de sus invectivas, que resultan corrosivas al máximo. Nos apercibiremos de ello en seguida, al analizar los primeros compases con que inicia su evangelio. De acuerdo con su estilo literario, Lucas hace primero una presentación grandilocuente del argumento, para dar la sorpresa a renglón seguido introduciendo elementos que producen gran asombro. Para comprender un poco su estilo, demos un vistazo al comienzo del capítulo 3.

Lucas escribe, con expresión redundante: *“En el año quince del imperio de Tiberio Cesar”*. Comienza su descripción, por tanto, a partir de la persona que está en el vértice, el hombre que tenía la condición divina, el máximo exponente de la humanidad, *“siendo Poncio Pilato procurador de Judes y Herodes tetrarca de Galilea; Filipino, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconitida, y Lisania tetrarca de Abilene, en el pontificado de Anás y Caifás...”*

Lucas presenta a los siete grandes de la tierra, las personas de mayor rango de su mundo, desde el emperador hasta el sumo sacerdote, *“... y la palabra de Dios fue dirigida a...”*, después de una presentación tan solemne, se despierta la curiosidad y uno se pregunta interesado quién será el gran personaje escogido para recibir la palabra de Dios. ¿Será tal vez el emperador, pues no en balde era el hijo de Dios? ¿O tal vez el sumo sacerdote, que representa a Dios y expresa su voluntad? El evangelista crea tensión y estimula la curiosidad.

Pero, de improviso, un personaje inesperado entra en escena. La palabra le fue dirigida a *“...un tal Juan, hijo de Zacarías, en el desierto”*: éste es el estilo de Lucas. Cuando parece que está delineando una situación especial, caracterizada por la espectacularidad del contexto, he aquí que llega la ducha fría. Cuando la palabra de Dios es dirigida a la humanidad, ésta evita cuidadosamente tanto los recintos de poder, por la hostilidad radical que manifiestan, como los espacios sagrados, por ser éstos completamente refractarios a su acción.

Así pues, lejos del templo, en el desierto, es donde actúa Dios. Este es el estilo incisivo de Lucas. De modo similar, en el inicio de su evangelio, después de los primeros versículos de la introducción, escribe: *“Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del grupo de Abías”*. Se calcula en cerca de 18.000 el número de sacerdotes que había en activo en tiempos de Jesús. Estaban divididos en 24 grupos. El grupo de Abías, al que pertenece el sacerdote de quien habla Lucas, estaba entre los diez primeros en orden de importancia. Para precisar el dato, Zacarías estaba incluido en el grupo octavo, siendo, por ello, uno de los que estaban frecuentemente dedicados a las tareas de servicio ritual en el templo.

Pero no sólo. Lucas añade que su mujer, Isabel, era descendiente de Aarón, el hermano de Moisés. En suma, se trata de un sacerdote agraciado por un buen matrimonio, que pertenece a la crema de la aristocracia religiosa judía. Y, además, dice Lucas: *“los dos eran justos ante Dios”*. Como decíamos antes, justo no indica equilibrio y rectitud en el comportamiento, en la

moralidad. Significa pertenencia a un grupo especial de personas que se comprometían a observar todos los preceptos del Señor. De hecho, Lucas deja entrever este aspecto: *“eran justos ante Dios y caminaban sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor”*. Por consiguiente, no solo cumplían las leyes, mandamientos y preceptos, sino también las 613 prescripciones que cubrían toda la jornada y la vida de los individuos, desde la mañana hasta la noche.

Es un cuadro estupendo: tenemos un sacerdote, una nieta de Aaron, justos e irreprochables, que observan a la letra todas las reglas y los preceptos que la ley propone. Pero, de repente, salta la sorpresa. Cuando uno se esperaría un elogio de admiración hacia estas personas ejemplares, se nos informa que *“no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos de avanzada edad”*. En aquella época, la esterilidad no era vista meramente como un hecho biológico. ¡Era una maldición divina! La mujer estéril era considerada maldita de Dios. El evangelista nos traza con esta pincelada la que será su línea teológica, en la que destaca el anticlericalismo, aspecto éste en el que Lucas sobresale por encima de los otros. Tanta religiosidad, tanta devoción, tanta piedad..., pero el resultado ¿cuál es?: la esterilidad: son incapaces –a pesar de su puntillosa observancia de los 613 preceptos- de cumplir el único mandamiento realmente importante que Dios había dado, el primero de todos: *creced y multiplicaos*.

Es eso precisamente lo que denuncia el evangelista: la religión hace a la persona completamente estéril, en la religión no hay esperanza de vida; si se quiere hallar la vida, es necesario salir fuera de la misma. Es más, continúa el evangelista, los que pertenecen al ámbito de la religión, no solo son estériles y carentes de vida, la religión a la larga, hace al hombre ateo. Cuanto más inmersas están las personas en ritos y en cultos, menos receptivas son de la acción de Dios.

Escribe Lucas: *“Sucedió que, mientras oficiaba delante de Dios, en el turno de su grupo...”*, estas 24 clases en que estaban subdivididos los sacerdotes tenían turnos, de acuerdo con los cuales debían officiar en el templo de Jerusalén, *“según el uso del servicio sacerdotal”*. Es entonces cuando a Zacarías le acontece una posibilidad extraordinaria e irreplicable en su existencia, *“le tocó en suerte entrar en el santuario del Señor para quemar el incienso”*. El santuario, ubicado en el interior del templo, era considerado la casa del Señor.

Entrar en la casa del Señor era una oportunidad única que todos ambicionaban. El nombre del sacerdote elegido venía extraído por suerte y aquél que entraba una vez en el santuario, no podía repetir hasta que lo hubieran hecho todos los otros 18.000 sacerdotes. Era, pues, una ocasión irreplicable en la vida. Se conocen algunos casos extremos de asesinatos entre los sacerdotes para aumentar las posibilidades de ser elegidos. A Zacarías se le presenta ahora la posibilidad de entrar en la casa de Dios, estar frente a Yahvé y ofrecerle el incienso, por la mañana y al anochecer.

Estando así las cosas, escribe Lucas *“toda la multitud del pueblo estaba fuera en oración, a la hora del incienso. Se le apareció el ángel del Señor”*. Ya hemos visto que *“ángel del Señor”* no designa un ser distinto de Dios. Significa la presencia de Dios mismo cuando entra en contacto con la humanidad. Los autores evitaban usar directamente el nombre del Señor por el respeto reverencial extremo, propio de la mentalidad del antiguo testamento. Pero es Dios mismo quien se hace presente. Zacarías tiene entonces una experiencia única, extraordinaria, pues se encuentra con Dios cara a cara.

“Al verle, Zacarías se turbó y el temor se apoderó de él”. Esta era la reacción típica del hombre religioso. La religión se basa en el miedo de las personas, es, en verdad la madre del terrorismo, porque aterroriza a sus adeptos y enseña que no es posible tener una experiencia de encuentro

directo con Dios y permanecer con vida. *“Pero el ángel le dijo: no temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada. Isabel, tu mujer, dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan”*. El ángel, el mismo Señor, le anuncia que su ruego ha sido escuchado. Veremos, sin embargo, que la petición escuchada por Dios no es la procrear, sino la imploración referida a la salvación del pueblo.

“Será para tí gozo y alegría, y muchos se gozarán en su nacimiento, porque será grande ante el Señor; no beberá vino ni licor; estará lleno de Espíritu santo ya desde el seno de su madre, y a muchos de los hijos de Israel les convertirá al Señor su Dios, e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías”. Aquí hallamos una novedad, la primera de las novedades con que se abre el evangelio, que es la condición para comprender y aceptar –Zacarías no lo hace, razón por la que queda excluido- la novedad traída por Jesús, o sea, *“... para hacer volver el corazón de los padres a los hijos”*. Es una cita de un texto del profeta Malaquías que dice: *“ Cuando venga el Mesías, hará volver el corazón de los padres hacia los hijos”*, en el mundo hebreo, el corazón no coincide con nuestra sede de los afectos, significa la mente, la conciencia. En otras palabras, los padres deberán hacer el esfuerzo de aceptar, de acoger la novedad que los hijos traen, y también viceversa, como es justo, los hijos deben volverse hacia los padres. Así concluía el texto de Malaquías. Acercamiento recíproco, inversión de marcha para encontrarse mutuamente, pues.

El pasado debe hacer un esfuerzo por acoger la novedad que los hijos representan, y los hijos deben hacer un esfuerzo por comprender las razones del pasado. Pues bien, Jesús discrepa de esta visión, no está de acuerdo con la idea de reciprocidad, y por ello cita solo la primera parte. El papel de Juan será reconducir los padres hacia los hijos, pero no viceversa, en una omisión clamorosa. Lucas quiere decirnos que, según Jesús, para comprender y acoger al Señor, es necesario que el pasado se renueve completamente. Solo si se modifica la propia mente, se puede acoger la novedad representada por los hijos. No son los hijos quienes deben esforzarse por comprender las razones del pasado, sino que es el pasado –frecuentemente esclerotizado e incapaz de ponerse al día- el que debe renovarse. Veremos hasta qué punto Zacarías quedará traumatizado por este mensaje.

“... y a los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto”. Zacarías queda sumido en una gran perplejidad. Trastornado, se dirige al ángel, al Señor, preguntando: *“¿En qué lo conoceré? Porque yo soy viejo y mi mujer avanzada en edad”*. Zacarías no acepta esta revelación que le ha hecho el Señor. Se pregunta cómo será posible. El es el hombre del pasado, el sacerdote apegado a la tradición, incapaz de abrirse a la novedad en su existencia.

“El ángel le respondió: yo soy Gabriel”, esta mañana hacíamos referencia a la imposibilidad de mostrar en las traducciones la riqueza de matices de los textos originales bíblicos, y, de un modo particular, por lo que se refiere a la onomatopeya. Aquí estamos en el mismo caso. Ante la incredulidad de Zacarías, que antepone su ancianidad, el ángel responde con el término Gabriel. La raíz hebrea de Gabriel es gabr, que significa fuerza. “El” es el nombre de Dios. Gabriel significa, pues, una función de Dios, un atributo o cualidad de Dios: tú eres viejo, pero yo soy la fuerza de Dios.

Continúa el ángel: *“he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena nueva”*. Era portador de una buena noticia, pero el sacerdote no la ha sabido acoger. He aquí el resultado del culto, el fruto de la religión. Zacarías estaba acostumbrado al rito, era un especialista. Se le ha presentado una ocasión solemne, podía enriquecer su existencia hasta límites insospechados, pero ha preferido mantenerse aferrado a las prescripciones del rito. Cuando Dios se manifiesta de una manera nueva, distinta del rito que ata al pasado, el sacerdote no es capaz de descubrirlo.

La advertencia que lanza Lucas es muy seria y conviene tomarla con gran atención. El Dios que se manifiesta al hombre no tiene la posibilidad de hacerlo si las personas se encuentran vinculadas a imágenes y esquemas de la tradición. En el colmo de la paradoja, podemos decir (y a veces, en nuestras celebraciones da esa impresión) que si en el libro del rito litúrgico no está escrito que Dios se hace presente, no se le hace espacio, no se cuenta con su presencia. ¡Su intervención no estaba prevista en la liturgia!

A veces parece que nuestras liturgias sean ateas. No hay puesto para Dios. Todo está previsto desde el inicio con suma precisión: qué decir, cuándo decirlo, cuándo alzar las manos, qué responder... Si Dios quisiera hablar en una asamblea litúrgica, lo tendría complicado. A veces, no se acaba de percibir la presencia viva de Dios en nuestras asambleas, no se le deja opción para hablar. Algo parecido debió de sucederle a Zacarías. Absorto en la veneración litúrgica, no se supo pecar de la irrupción potente de Dios en su vida. Creía honrar a Dios con el incienso, pero cuando se le propone una vida nueva que está por nacer, no lo sabe aceptar. Se hace sordo a la voz de Dios.

“Mira, te vas a quedar mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no diste crédito a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo”. Más adelante veremos cómo Zacarías no solo es mudo, es también sordo: es mudo porque es sordo. No habiendo prestado atención a la voz del Señor, no tiene nada que decirle al pueblo, que esperaba fuera. *“El pueblo estaba esperando a Zacarías y se extrañaban de su demora en el santuario. Cuando salió, no podía hablarles, y comprendieron que había tenido una visión en el santuario; les hablaba por señas, y permaneció mudo”*.

Un sacerdote que no escucha la palabra de Dios es un mudo que no tiene nada que transmitir a la gente. Pero, al parecer, esto no crea ninguna perturbación a la institución religiosa. Habría sido lógico proveer a su inmediata sustitución, pero se nos dice que: *“Se cumplieron los días de su servicio”*, es mudo, no tiene nada que decirle a la gente, pero no crea problemas. Resulta paradójico: aun siendo mudo, continúa su servicio religioso. Lucas está haciendo una denuncia tremenda: cuando no se escucha la palabra de Dios, no se tiene nada que decir, e incluso cuando se habla, no se entiende lo que se está diciendo.

“Días después, concibió su mujer Isabel, y se mantuvo oculta durante cinco meses, diciendo: Esto es lo que ha hecho por mí el Señor en los días en que se dignó quitar mi oprobio entre los hombres”, porque, repito, la esterilidad era considerada una maldición de parte de Dios.

Hemos visto el primer cuadro del evangelio en el que el Señor —el ángel Gabriel— se dirige a Zacarías. Nos encontramos en Jerusalén, la ciudad santa; es más, la manifestación tiene lugar dentro del templo y, en el interior del mismo, en el lugar más sagrado, en la casa de Dios. Se dirige a un sacerdote justo e irreprochable, observante de toda la ley, y le propone algo que no es del todo nuevo. Ya había ocurrido en el pasado, en la historia de Israel. Es decir, que una mujer estéril o de edad avanzada, y con el marido anciano, da a luz un hijo. Desde Sara hasta la madre de Sansón, la historia de Israel está plagada de estas intervenciones. Y, sin embargo, la respuesta ha sido de incredulidad.

Seis meses después, Gabriel tiene que intentarlo de nuevo. Otra manifestación importante le espera. Esta vez, sin embargo, objetivamente las dificultades son mucho más numerosas. No estamos en Jerusalén, nos encontramos en Nazaret, un poblado salvaje de Judea que gozaba de una pésima fama. Conocemos el episodio del evangelio de Juan en que Natanael pregunta con tono despreciativo: ¿puede salir algo bueno de Nazaret? Los nazarenos eran considerados trogloditas, habitaban en casas construidas en grutas, excavadas en cavernas, y era gente

belicosa desde bien pequeños.

El ángel tiene que ir a Nazaret, no al templo sino a una casa común. Si el templo era un dechado de esplendor, las casas de la época tenían una parte excavada en la roca y otra parte hecha con ladrillos. Eran lugares tenebrosos no solo para un sacerdote, también para las mismas mujeres. Pero, ¿cómo se le ocurre a Gabriel dirigirse a una mujer?

Para comprender el alcance fuera de lo normal de este episodio, es necesario tener presente cómo se concebían entonces las relaciones de Dios con los hombres. Dios vive en su cielo, rodeado por seis ángeles que están a su servicio, y que se llaman precisamente los *ángeles del servicio divino*. Dios tiene su morada en esta esfera inaccesible. A medida que en su altísima santidad va descendiendo, se va acercando a los hombres, el primero de la escala, el que está más cerca de Dios, es el sumo sacerdote, o bien el rey, y así gradualmente se va descendiendo hasta llegar a los siervos. Dentro de esta escala, como una clase subhumana, estaba la mujer. El nacimiento de la mujer era considerada una desgracia, un castigo lanzado por Dios contra determinados pecados, y un fastidio del que era legítimo liberarse, incluso a base de deshacerse de la neonata.

Las mujeres no tenían ningún derecho, y fundamentaban esta afirmación en supuestas decisiones divinas. Se decía que Dios nunca había dirigido su palabra a una mujer. Precisando mejor, admitían que una vez sí lo había hecho, aunque se había arrepentido en seguida. En efecto, la única vez que en la Biblia Dios se dirige a una mujer fue a Sara, la mujer de Abraham. Le había anunciado que sería madre, y Sara se sonríe incrédula porque el marido era viejo y ella también. Quisquilloso, Dios le interroga: ¿qué has hecho, te has reído? Ella, atemorizada, lo niega. Dios entonces se enfurece por esta mentira y no vuelve a dirigirla su palabra a ninguna mujer. Desde entonces, no hay ninguna mujer en la historia de Israel a la que Dios se haya dirigido.

Era éste el motivo por el que las mujeres eran consideradas mentirosas por naturaleza. No tenían derecho a testificar en los juicios. La mujer estaba prácticamente excluida de la acción de Dios. Por su impureza, se le prohibía tocar el rótulo de la ley y los rabinos llegaban a decir que era mejor que se quemaran todos los rótulos en la hoguera antes que una mujer salvara uno de los mismos de la quema. ¿Por qué? Porque la mujer es impura y si se salva el último rótulo, ninguno entonces lo puede tocar ya. Es importante este contexto histórico para comprender bien lo que va a suceder y lo que escriben los evangelistas. Aquí ciertamente ha habido una inspiración sorprendente del Espíritu Santo, porque lo que escriben los evangelios está abiertamente en contra de la cultura contemporánea. Todos los evangelios, en efecto, no solo colocan a la mujer al mismo nivel que el hombre, es más, le asignan una función superior. La mujer, que estaba excluida de la acción de Dios en Israel, en los evangelios, en cambio, cumple la misma función de los ángeles, o sea, anunciar la vida.

Retomemos ahora la lectura de Lucas, teniendo presente este contexto histórico. Leemos a partir del episodio de la anunciación en 1,26. "*Al sexto mes...*": los números en el evangelio y en el Antiguo Testamento tienen siempre un valor figurado. No se trata nunca de aritmética. También nosotros usamos los números con connotaciones simbólicas. Decimos, por ejemplo, que un cristal se ha roto en mil pedazos, que en la reunión había solo cuatro gatos, que lo hemos repetido ya cien veces, etc. Tienen, pues, un valor figurado. Aquí aparece el número 6, que, en la simbología hebrea, es el número que recuerda la creación del hombre. Por eso, cada vez que se tratará de ver al hombre en su plenitud, en los evangelios aparecerá el número 6 o bien, el sexto.

Como véis, el significado del 6 coincide con la línea de pensamiento del evangelista Mateo: en Jesús se realiza la plenitud de la creación. Se nos dice que Jesús sube al monte de la transfiguración después de 6 días, y ¿para qué lo hace? Quiere mostrar que la vida, cuando proviene de Dios, no termina con la muerte. La muerte no solo no destruye esta vida, sino que la exalta.

“Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea”. Como sabéis, Judea, la región de Jerusalén, es el territorio sagrado, la región protagonista de la historia de la salvación, de la historia de Dios. Galilea, en cambio, es la región del norte, cuya población se había mezclado con los paganos y que debe su nombre al desprecio con que la trataba el profeta Isaías. Este territorio carente de nombre, Isaías lo define como “ghelil goim”. Ghelil significa distrito, región, y goim significa paganos. Por tanto, el término Galilea indica simplemente la región de los goim, o sea, de los paganos. Por esta razón, Galilea había quedado excluida de las grandes etapas de la historia de la salvación. ¿Recordáis el desprecio con que se dirigen a Jesús: “¿acaso puede surgir un profeta de Galilea?”. El Espíritu no “actuaba” en esa región, cuyos habitantes, según el historiador contemporáneo Flavio Josefo, eran rudos y bien aguerridos desde niños. Eran los pobres, los desheredados, los jornaleros del tiempo, explotados por los latifundistas de Judea. Todo esto era un caldo de cultivo propicio para las revoluciones y agitaciones sociales.

“...a una virgen, desposada con un hombre llamado José, de la casa de David. El nombre de la virgen era María”. María y José se encuentran, como hemos visto, en la primera fase del matrimonio. En el relato de Mateo, hemos visto que el ángel se dirige a Zacarías, cuyo nombre significa “Dios recuerda”. Aquí se nos dice que la muchacha se llama María. Para nosotros, María es un nombre lleno de ternura y dulzura, pero si el evangelista lo introduce aquí es por una razón especial. De hecho, era un nombre desconcertante.

En la Biblia existe una única María, un personaje peculiar y siniestro a los ojos del pueblo, por cuya historia este nombre evocaba calamidades y maldiciones de Dios. Tanto era así, que se dejó de usar. La María de la que hablamos (=Miriam) es la hermana de Moisés, mujer ambiciosa, rival encarnizada de su hermano, al que intentó zancadillar y obstaculizar. Por eso, Dios la castigó enviándole la lepra. La lepra constituía una maldición lanzada por Dios. Según los relatos de la Biblia y del Talmud, cuando, a su muerte, el pueblo prepara los funerales de Miriam, Dios mismo interviene mostrando desaprobación: ¿por qué llorar por una pobre desgraciada? María, pues, representa la maldición de Dios en forma de leprosa. Desde entonces, no hay en la Biblia ni una sola María. El nombre era sinónimo de maldición divina.

Es algo parecido a lo que sucede en nuestro mundo católico con el nombre de Judas. Judas es un hermoso nombre hebreo, nombre de uno de los discípulos fieles a Jesús. Pero entre nosotros, ninguna familia elige este nombre para el propio hijo porque evoca una traición, un acontecimiento nefasto, aunque ésto represente solo una parte de la historia. Con el nombre de María sucede algo similar. El mismo nombre indica marginación, desprecio. Todo hace pensar que el nacimiento de María debió suponer un duro revés para sus progenitores.

“Entrando le dijo, llena de gracia...”, este elogio no se refiere a los méritos de María, como a veces se interpreta erróneamente, sino a la gratuidad del Padre, que la ha querido colmar de su favor. Esta aclaración se antoja importante, porque sucede que, queriendo exaltar a María fuera de la interpretación de la escritura, se corre el riesgo de decir disparates. María no es llena de gracia porque el Señor se haya dignado dirigirle su mirada a causa de sus muchos méritos. ¡Qué estupidez! María, al contrario, es un ser nimio, insignificante, una muchacha que habita en una casa perdida de Nazaret de Galilea. Aquí se hace patente de nuevo la diferencia entre religión y

fe. En la religión, es necesario merecerse el amor de Dios. En la fe, el amor de Dios es un regalo que se acoge. María es la primera que acoge gratuitamente el amor de Dios.

“Alégrate, llena de gracia (favorita de Dios), el Señor está contigo. Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquél saludo”. Repito: Dios nunca se había dirigido a una mujer, ahora lo hace, e incluso le anuncia que ha sido colmada de la gracia del Señor. *“El ángel le dijo: no temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús”*, esta es una gran novedad, porque las mujeres nunca adjudicaban el nombre a los hijos. Era una tarea reservada al padre. Por eso, aquí hay algo nuevo. Las tradiciones del pasado empiezan a ser vulneradas de modo flagrante. Lo mismo sucederá con Isabel, que dará el nombre a su hijo Juan, en lugar del padre, Zacarías. Se ha roto para siempre una tradición. Se desploma por momentos el principio inmutable del “siempre se ha hecho así”.

“... El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin. María respondió al ángel: ¿cómo será esto? María no es incrédula, quiere solo conocer el modo. Ella se encuentra en la primera fase del matrimonio, en la que las relaciones conyugales no están permitidas, y por ello desea saber cómo sucederá todo, “porque no conozco varón”: o sea, aún no ha celebrado las bodas pues se encuentra en la fase de los esponsales o desposorios. María nunca había hecho propósito de renunciar a las relaciones conyugales. En el pasado se exaltaba erróneamente a María diciendo que había hecho el voto de virginidad, una cosa absurda en el mundo hebreo.

“El ángel le respondió: el Espíritu Santo vendrá sobre ti”. Lucas presenta a María como la mujer del Espíritu, y lo hace encerrando su existencia entre dos venidas del Espíritu Santo: esta primera venida, consecuencia de la cual tendrá lugar el nacimiento de Jesús, y la segunda, con motivo de Pentecostés. Es necesario recordar que el libro que nosotros llamamos Hechos de los Apóstoles no es más que la segunda parte del evangelio de Lucas, que escribió su única obra en dos partes, aunque, por desgracia, desde los primeros siglos de la iglesia ambas fueron separadas como si se tratara de escritos independientes entre sí, con la consecuencia funesta de que el libro de los Hechos perdió su importancia, llegando a convertirse en una obra casi desconocida para los cristianos.

Así pues, Lucas describe a esta mujer como la mujer del Espíritu: su vida está escalonada por diversas venidas del Espíritu Santo. *“Hágase en mí según tu palabra”*. María se abre a la novedad que el Señor le propone. La muchacha de Nazaret que nadie conocía, será proclamada bienaventurada entre todas las naciones. Se requiere realmente la fantasía del Señor. Como vimos en Mateo, la acción del Espíritu Santo significa que aquél que va a nacer es fruto de la nueva creación, la creación definitiva de Dios.

“...El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente...”. A veces leemos el evangelio sin comprender lo que está escrito, o bien, lo interpretamos en base a lo que creemos saber al respecto. Aquí el evangelista habla de Isabel como pariente de María, no dice para nada que fueran primas, como se piensa por regla general. Perfectamente podían ser tía y sobrina. Sea como sea, no conocemos con precisión el vínculo familiar que las unía. *“..ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios. Dijo entonces María: he aquí la esclava del Señor”*. Es la última sierva del Señor. María, fiel israelita, piensa en la relación con Dios en los términos que le han enseñado, siguiendo la educación recibida, es decir, que el hombre está al

servicio de Dios.

María es la última sierva del Señor. Pero, a partir de Jesús, los hombres no serán siervos del Señor, sino hijos, y la diferencia es bien grande. Moisés había estipulado una alianza entre los siervos y su Señor, era una relación que infundía temor y que reclamaba obediencia. Con Jesús, los hombres no son siervos, sino hijos, porque él, el Hijo, propone una alianza entre los hijos y su padre. Y no a través de la obediencia, sino mediante la práctica del amor.

Y María acepta, se fía completamente (como enseña la iglesia) de algo que en el mundo hebreo suponía una blasfemia absoluta: el hecho de que Dios pudiera tener un hijo, pues Dios es uno solo. La unicidad es el máximo atributo de Dios. María se abre a la novedad, aun sin entenderla, asumiendo el riesgo correspondiente. Las historias de la época cuentan numerosos casos de bribones que se hacían pasar por ángeles o por divinidades para violar a las muchachas. En uno de los evangelios apócrifos, cuando María anuncia a José que la ha visitado un ángel, José se sobresalta pensando que ha sido víctima de un embaucador filibustero. Pues bien, María desafía a todos, se abre a la novedad sin detenerse ante nada, asume las posibles consecuencias sin imaginar siquiera hasta dónde la conduciría esta novedad.

Cuarto encuentro

Retomamos la lectura en el capítulo 1, versículo 39: “ *En aquellos días se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judea*”. Por tanto, María, desde el norte, desde Galilea se pone en viaje, con prisas, hacia una ciudad de Judea, en el sur. Es desconcertante lo que el evangelista nos dice, porque a tenor de lo que aparece en la narración, María emprende sola este viaje, un viaje arduo, lleno de dificultades y que entrañaba mucho peligro. Tiene que atravesar Samaria, una zona muy peligrosa, y además, todo el valle del Jordán. De nuevo –recordamos–, estamos ante verdades que el evangelista desea transmitir, más allá de la exactitud de los elementos históricos.

María se mueve con prisas. El evangelista no nos dice el motivo de la misma. Sea como sea, llena de Espíritu Santo, María comienza su actividad bajo el signo de las prisas, actividad que la sitúa ante peligros muy consistentes.

“*Entró en casa de Zacarías, y saludó a Isabel*”. Aquí habría sido más lógico dirigirle un saludo a Zacarías, el sacerdote dueño de la casa. Sin embargo, de modo desconcertante, ignora a Zacarías y dirige su saludo a Isabel. Zacarías queda excluido. Es sordo a la voz de Dios, refractario al Espíritu. María, llena de Espíritu Santo, con la vida que rebosa dentro de ella, puede dirigir su saludo solamente a su pariente en la que palpita igualmente la vida.

“*En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno. Isabel quedó llena de Espíritu Santo*”. La actividad de Jesús será definida precisamente por este niño, este personaje, Juan llamado el bautista. La misión de Juan será bautizar en Espíritu Santo, o sea, sumergir a las personas en el espíritu. El evangelista, de algún modo, anticipa discretamente esta actividad en la figura de María. Ella, estando llena de Espíritu Santo, transmite vida. Su saludo es más que una expresión verbal, representa una transmisión de energías vitales, con su saludo transmite el Espíritu a Isabel, e Isabel queda bautizada en el Espíritu, permeada de este amor de

Dios, hasta tal punto que el niño salta de gozo en su seno.

“Isabel quedó llena de Espíritu Santo” y comienza, con María, la serie de las mujeres profetisas. Estar llena de Espíritu Santo significa estar en plena sintonía con Dios. Para que se comprenda el clamor de esta afirmación, recuerdo que el mismo Dios que no se dirigía para nada a las mujeres, ahora, en cambio, les comunica su misma fuerza y las mujeres profetizan.

“Y exclamando con gran voz, dijo: bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno. ¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”. Lo que dice Isabel no es solo un elogio hacia María, fruto de la admiración. Suena también como un reproche hacia su marido Zacarías porque, a diferencia de María, no ha creído en la palabra del Señor y, por esto, ha caído en desgracia. El evangelista presenta un doble contraste: María ha creído en algo que no había sucedido jamás en la historia de Israel y se ha fiado; Zacarías, en cambio, el sacerdote, no ha creído en algo que ya había sucedido con frecuencia en el pasado del pueblo.

La primera bienaventuranza que encontramos en el evangelio de Lucas va, pues, dirigida a María (“bendita la que ha creído que se cumpliría la palabra del Señor”). La última bienaventuranza que aparece en los evangelios, esta vez no en Lucas, sino en el evangelio de Juan, a mi juicio, puede ser atribuida también a María: *“bienaventurados los que creerán sin necesidad de ver”*. Yo creo que en María ambas bienaventuranzas tienen pleno significado. Bienaventurada la que ha creído en las palabras del Señor, con una fe que no le ha creado la necesidad de ver.

Digo esto porque muchos autores, pensando exaltar el papel de María, piensan que Jesús, una vez resucitado, lo primero que hace es ir a ver a su madre. Según los evangelios, en cambio, las apariciones de Jesús son siempre para las personas tardas y duras de cabeza, que no comprenden. Es más, las apariciones van siempre acompañadas por una reprobación: ¿por qué no habéis creído, gente incrédula? Decir, por tanto, que Jesús resucitado visita a María, no supone exaltar su papel, sino disminuirlo y excluir a María de la última bienaventuranza, la que elogia al que cree sin precisar pruebas palpables.

Aquí nos hallamos ante un problema de crítica literaria, o sea, se trata de descifrar el texto, porque hasta ahora María no ha abierto la boca. Esta es la didáctica que emplea el evangelista, una didáctica que también nosotros creyentes debemos aprender: María transmite ante todo percepciones vitales, y sólo después ofrece la explicación, la justificación de las mismas. La tragedia de la iglesia es tal vez que hemos dado nociones doctrinales sin transmitir percepciones vitales y los resultados ahí están.

En el versículo 46 encontramos *“... y dijo”*: pero, ¿quién dijo? Y a continuación viene el himno que llamamos Magnificat. Pero no queda claro quién lo pronunció, ¿María o Isabel? El evangelista omite el sujeto porque se les puede atribuir a ambas mujeres. El Magnificat es el ápice de la espiritualidad de Israel, el punto más alto al que llega. Algunas afirmaciones en este himno parecen más adaptas a Isabel que a María, por ejemplo, en el versículo 48 cuando dice *“ha puesto los ojos en la humildad de su esclava”*. Hasta ahora no se ha hablado de humillación de María. Sí se ha hablado, en cambio, de la humillación de Isabel que llevaba consigo la vergüenza de ser estéril. Además, no se encuentra en el himno ninguna alusión a Jesús.

Sea como sea, el evangelista quita el sujeto porque este himno puede ser proclamado tanto por María –así se lo atribuyó después la iglesia, aunque en el pasado, entre los padres de la iglesia, no hubo ni mucho menos unanimidad al respecto- como por Isabel. En cualquier caso, es el himno de las mujeres llenas de Espíritu. Es un himno que desconcierta si se piensa que lo pronuncia una mujer galilea en Judea. Entre Galilea y Judea la diferencia no era solo geográfica, sino también política y teológica. ¿Qué era Judea? Judea, tras el cisma de Israel, había permanecido tenazmente vinculada a la tribu de David y esperaba el restablecimiento de la monarquía. Las tribus del norte, donde está enclavada Galilea, eran anti monárquicas. Los profetas del norte veían, de hecho, en la monarquía el origen de los males de Israel.

Así pues, ser galileo significa ser antimonárquico y, si atribuimos el himno a María, no se imagino uno que tal sonaría en la casa del pío sacerdote Zacarías y de su pía señora Isabel, probablemente devotos –por su condición de judíos- de la monarquía. Este himno parece un canto de batalla contra la monarquía. Pensad, por ejemplo, lo que dice el versículo 52: *“derriba a los potentes de sus tronos”*. Esta muchacha galilea habla de un Señor que no deja títere con cabeza, un Señor que pide la colaboración de los suyos a fin de hacer caer a los poderosos de sus tronos. Es una imagen increíble.

Concluye después el evangelista con una simple anotación, la cual, sin embargo, tiene gran importancia: *“María permaneció con ella alrededor de tres meses y volvió a su casa”*. La referencia a los tres meses no es indiferente, pues conecta con un episodio de la historia de Israel, cuando el arca del Señor fue acogida en una familia de la que fue huésped durante tres meses, periodo en el cual la familia fue colmada de bendiciones. Lucas describe a María como la mujer del Espíritu, ella es el arca de la alianza de la nueva época. El arca era un baúl que contenía las tablas de la ley, el pacto del pueblo con Dios. Lucas quiere indicarnos que –igual que el arca fue fuente de bendición para la familia que la acogió durante tres meses- ahora María es el arca de la alianza verdadero, que no contiene, sin embargo, la ley, sino a Jesús, el vínculo y el artífice de la alianza nueva, el que manifestará a Dios como amor.

“A Isabel se le cumplió el tiempo de su parto y dió a luz un hijo”: se realiza, pues, la promesa del ángel, *“y se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor había usado con ella de gran misericordia, y le daban parabienes. Y sucedió que al octavo día vinieron a circuncidar al niño, y le llamaban con el nombre de su padre, Zacarías”*. Continúa, por tanto, la tradición: el hijo primogénito lleva el nombre del padre. Era un modo de perpetuar el propio nombre. Los parientes y vecinos que no están al corriente de las novedades sorprendentes que han acaecido en esta familia y que no han percibido la bendición que el arca, María, ha traído al seno de la familia, deciden seguir la tradición y darle el nombre del padre, Zacarías.

En este momento, interviene su madre, Isabel, y lo hace de un modo bastante tajante e incluso violento: *“no, se llamará Juan”*. Resultaba muy extraño que una mujer pudiera tomar la palabra, por lo que el grupo reacciona apelando a la tradición, al “siempre se ha hecho así”: *“¡nadie hay de tu familia que se llame con ese nombre!”*. En los ambientes religiosos, está siempre en vigor la norma del “siempre se ha hecho así”. Las novedades son vistas con sospecha, se teme que atenten contra la propia seguridad.

Las personas religiosas llaman fe a lo que es solo el propio deseo de seguridad; entonces, si en un ambiente religioso se propone algo nuevo, un nuevo modo de expresarse en la oración, otra forma de vivir la fe, probablemente la gente preguntará con fastidio por qué es necesario innovar. “Siempre se ha hecho así, tantas personas se han santificado en el pasado”..., todas las novedades son vistas con sospecha. Esta es la reacción de los parientes y vecinos de Isabel: ¿por qué? Siempre se ha hecho así: siempre el hijo lleva el nombre del padre. ¿A qué viene esta

novedad?

“Entonces preguntaron por señas a su padre”: antes vimos que Zacarías había quedado mudo. Ahora se nos hace saber que era también sordo, porque se dirigen a él haciendo señas. *“El, pidiendo una tablilla, escribió con estos términos: Juan es su nombre”*. Bien, ¡por fin el corazón de los padres se ha vuelto hacia los hijos! Zacarías, el sacerdote modélico, lejos ahora del ambiente nefasto del templo, un espacio cerrado a la acción del Señor, alejado de sus funciones sacerdotales, cambia por fin su mentalidad y acepta lo que ha dicho la mujer. Lo hace lejos del templo, en casa, donde no actúa como sacerdote, sino que se manifiesta como padre.

Todos quedan desconcertados: aquí hay algo que no cuadra. ¿Cómo puede ser esto? Zacarías, el ejemplar sacerdote, el garante de la tradición, ¿de acuerdo con Isabel? ¿Por qué motivo este hijo no se debe llamar como su padre? *“En ese mismo instante se le abrió la boca y la lengua quedó expedita, y hablaba bendiciendo a Dios”*. Es la gran transformación de Zacarías: de sacerdote que era pasa ahora a ser profeta.

“Se espantaron todos los vecinos y en toda la región montañosa de Judea se divulgaban estas cosas”. El evangelista está preparando al lector para la acogida de la sorpresa que conlleva el nacimiento de Jesús. Presenta, por ello, el surgir de un movimiento nuevo, nuevas vibraciones, la novedad que Jesús trae se va abriendo camino con ímpetu. Surgen cosas incomprensibles: incluso el sacerdote se hace profeta, una realidad impensable hasta entonces.

“Todos los que las oían las guardaban en su corazón, diciendo: ¿Qué será, pues, este niño?. Porque, en verdad, la mano del Señor estaba con él”.

¿Qué será de este niño? Lleno de Espíritu Santo desde el seno de su madre, no seguirá las huellas del padre, no se llamará Zacarías como él, ni será sacerdote. Al contrario, marchará al desierto donde será portador de la palabra de Dios. *“Zacarias su padre fue lleno de Espíritu Santo y profetizó”*; en el momento en que Zacarías se abre y acoge lo nuevo, el Espíritu Santo puede irrumpir con fuerza. El Espíritu Santo no había tenido éxito en el templo, ahora en cambio las cosas van mejor con Zacarías, que de sacerdote que era ha pasado a ser padre. El sacerdote es ahora profeta y como tal proclama el himno que conocemos con el nombre de Benedictus.

El capítulo 1 termina con *“el niño crecía y se robustecía en el espíritu y vivía en regiones desiertas hasta el día de su manifestación a Israel”*. En este capítulo, el evangelista ha privilegiado la conversión de Zacarías: en el momento en que se abre a lo nuevo, deja espacio al Espíritu para que entre en su existencia, y, por eso, se convierte en profeta. La existencia del creyente, de todos aquellos que tienen el Espíritu, es una existencia profética. Ser profeta significa estar en sintonía con la presencia de Dios en la humanidad y formularla de una manera inédita, desconocida hasta ahora.

Termino por hoy. Manana concluiremos el encuentro con el nacimiento de Jesús narrado por Lucas, que el evangelista pone en paralelo con la narración de Mateo. Mateo presenta a un Jesús que es acogido por los paganos. Lucas muestra que los únicos que se aperciben del nacimiento son aquellos que eran considerados personas marginales, excluidas de la acción de Dios, como eran los pastores en aquél tiempo. En conclusión, el núcleo de todo este pasaje es que el Espíritu Santo, imposibilitado de actuar en el templo, se manifiesta plenamente en la familia. El Espíritu es vida y puede expresarse solo donde encuentra vida. Donde está vigente el rito que todo momifica, y donde hay personas anestesiadas por la liturgia, el Espíritu no tiene nada que hacer. En el templo había un sacerdote estéril y mudo; en casa, hay un padre que se

convierte en profeta.

Quinto encuentro

Todos los pasajes del evangelio sin excepción, si son acogidos del modo adecuado, o sea, con un corazón y una mente abiertos y receptivos, producen un doble efecto: transforman nuestra actitud en relación a Dios, y, en consecuencia, hacia los demás. El episodio del nacimiento de Jesús pone esto en evidencia, como veremos a continuación. Hemos dicho antes que para entender estas narraciones, debemos despegarnos un poco de las tradiciones, las leyendas, devociones y folklore que de algún modo, las han envuelto y ofuscado.

El hecho innegable es que para la mayor parte de los cristianos, el nacimiento de Jesús tiene que ver más con el folklore del belén, que con el relato de los evangelios, especialmente el de Lucas. Estamos en el capítulo 2 de Lucas.

“En aquellos días salió un edicto de César Augusto”.

César Augusto, el emperador Octaviano, era nieto adoptivo de Julio Cesar. Fue el primer emperador que se hizo condecorar con el título de Augusto, que significa sublime, excelso, para indicar que su condición no era simplemente humana, sino divina. Augusto se hacía llamar hijo de dios, detalle importante para comprender lo que escribe el evangelista. Otro de sus títulos era “salvador del mundo”. Esta es la gran estafa del poder: el poder es siempre mentiroso y asesino, sus palabras son falsedad que provoca muerte. El poderoso emperador romano que dominaba con mano férrea todo el mundo conocido se hacía llamar “salvador del mundo”.

Este gran ladrón y asesino, un hombre que destruía sin piedad personas, casas, pueblos enteros, se hacía llamar salvador del mundo. Por desgracia, la propaganda suele ser útil, porque la gente, a base de escuchar repetidos estos títulos, termina por creérselos. Augusto se jacta de su poder, y lo hace ordenando un censo de toda la tierra habitada. El censo tiene una finalidad muy clara: que nadie se libere de pagar los impuestos. Todas las personas tenían que ser fichadas para así poderlas expliar. El salvador del mundo celebra su grandeza mediante lo que era, en la práctica, un gran atraco.

Estas indicaciones del evangelista son importantes, porque precisamente con motivo de este censo surgirá una feroz revuelta popular guiada por un tal Judas el galileo (Flavio Josefo: “Antigüedad judía”, libro XIV, n.d.r.). Es ésta una definición importante, Judas el galileo, porque Jesús será igualmente acusado de ser Jesús el galileo. Judas el galileo, movido por el celo de Dios, el único Señor al cual someterse, guió una insurrección que acabó de modo sangriento. Dos hijos suyos fueron crucificados, igual que Jesús, a cuyos lados fueron crucificados precisamente dos insurgentes revolucionarios (no bandidos). Se trataba de los celotes, personas animadas por un celo apasionado, que recurrían a la violencia en sus acciones. En el caso del censo, su ira era especialmente acentuada, porque según la Biblia, se trata de una acción dictada por el diablo, ya que el único Señor del pueblo es Yahvé.

Bien, en este momento en que el imperio manifiesta todo su esplendor, nace el astro que lo

oscurecerá. ¿Recordáis el canto de Zacarías? *“nos visitará un sol que sale de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte* ». En el momento, pues, en que el poder, arrogante, celebra su grandeza, ha sido ya decretado su fin. En un lugar perdido, está surgiendo el astro que ofuscará y hará que se derrumbe el imperio.

“...y se ponían todos en viaje para inscribirse, cada cual a su ciudad. Subió también José desde la Galilea, de la ciudad de Nazaret, a la Judea, a la ciudad de David”. Resulta extraña la denominación que ahora sigue *“que se llama Belén”*: ¿la ciudad de David que se llama Belén? En la Biblia, la ciudad de David ha sido considerada siempre Jerusalén. Lucas disiente. La ciudad de David se llama Belén, y Lucas tiene sus razones: Jerusalén es la ciudad donde David ejerció la soberanía como rey; Belén es la ciudad donde David fue pastor. Lucas quiere hacer comprender que aquél que nacerá no tendrá los rasgos del David monarca, será el pastor, el pastor esperado que, como hemos visto, tanto temían los sumos sacerdotes a partir de las profecías de Ezequiel, que anunciaban el exterminio de todos ellos, falsos pastores, a manos del pastor que vendría.

“... para inscribirse en el censo juntamente con Maria su...”, recordad cuanto dijimos acerca del matrimonio hebreo. Este tiene lugar en dos etapas: la primera son los desposorios, y la segunda, un año más tarde, las bodas, momento a partir del cual comenzaba la convivencia. Bien, aquí el evangelista dice: *“con Maria, su esposa”* y emplea el mismo término que usó en el momento del anuncio del ángel, *“una virgen, esposa prometida de un hombre llamado José”*. Así pues, Maria y José se encuentran aun en la primera parte del matrimonio y no han pasado a la segunda. Esto causa desconcierto, porque resultaba inadmisibles, escandaloso, que pudieran viajar juntos. El evangelista presenta una pareja que es irregular, una pareja que no ha cumplido los trámites legales del matrimonio.

“...que estaba encinta. Mientras” es importante subrayar este “mientras”, porque debemos desembarazarnos de todas las ideas equivocadas que tienden a ofuscar la belleza de este pasaje. *“Mientras estaban ellos allí, se le cumplieron a ella los días del parto.”* ¿Por qué digo esto? Porque en la imaginación popular, fruto de leyendas, relatos, historietas, se dicen muchos disparates sin sentido. Se suele presentar a Maria y José como una pareja de despistados que llegan a Belén de noche sin saber dónde ir, con Maria que está a punto de dar a luz, nadie los quiere recibir, etc. Toda esta parafernalia forma parte de la imaginación popular, que nada tiene que ver con la seriedad del evangelio.

El evangelista dice claramente que todo sucede *“mientras estaban allí”*. Una mujer encinta, a punto de dar a luz, no podía recorrer jamás los casi 140 kilómetros que separan Nazaret de Belén en esas condiciones, máxime si tenemos en cuenta un rasgo característico de la cultura oriental, que nos obliga a rectificar otra de las imágenes tradicionales que nos condicionan, es decir, Maria haciendo el viaje montada en el burro y José caminando a pie. Esta es una imagen occidental, completamente desconocida en oriente: en oriente, todavía hoy, veréis al hombre subido en la mula y a la mujer –incluso si está encinta– a pie, e incluso llevando los bultos. No es admisible que la mujer vaya sentada en el medio de transporte porque no se la considera del mismo nivel que el varón.

Una mujer en avanzado estado de gestación no podía hacer un viaje de esa envergadura. Por eso, hay que situar el viaje desde Nazaret a Belén en los primeros meses del embarazo, cuando aun era posible afrontar un trayecto tan largo y exigente. Cuando llegó el momento del parto, por tanto, hacía ya tiempo que se encontraban allí.

“... y dió a luz su hijo primogénito”: ¿por qué escribe Lucas esta expresión primogénito? ¿Quiere decir que después tuvo otros hijos? Puede ser, lo cierto es que lo desconocemos, pero si el evangelista emplea primogénito, es porque era el hijo que debía ser consagrado al Señor, según la usanza del pueblo, y de acuerdo con el anuncio del ángel: *“lo que nacerá será llamado Santo, Hijo de Dios”*. He aquí la confirmación de sus palabras.

“... lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, pues no había para ellos lugar en el alojamiento”. Es muy importante traducir con exactitud los textos bíblicos, porque precisamente una traducción errónea de este versículo dió origen a una leyenda absurda, que perturbó nuestra comprensión del episodio. Me refiero a la leyenda de que no había sitio para ellos en las posadas de Belén, pues la ciudad estaba llena de gente que había venido con motivo del censo.

La primera cosa que debemos notar es que el evangelista no emplea el término griego que se puede traducir con palabras como posada, meson, que es la misma palabra que encontramos en la parábola del buen samaritano del mismo evangelio de Lucas. En ese caso, el término hace referencia inequívoca a una posada, pero aquí la palabra que Lucas emplea significa habitación, alojamiento. Es exactamente el mismo término que usa para indicar el sitio donde tiene lugar la última cena de Jesús con sus discípulos.

Así pues, Lucas escribe, *“pues no había para ellos lugar en la habitación(en el alojamiento)”*: Cuando leemos el evangelio, debemos hacer el esfuerzo de colocarlo en el transcurso del ambiente palestino, en el cual fue escrito. ¿Cómo era la casa palestina? Se componía de dos partes: una parte de la casa estaba excavada en la roca. Esta era la parte más protegida, más segura y más sana de la casa. Se usaba como almacén o despensa para los alimentos y también para el heno y la paja de las bestias.

Había también una habitación de ladrillos en la que toda la familia vivía. Allí se cocinaba, se comía y de noche se echaban por tierra unas esteras sobre las que se tumbaban para dormir. Las familias solían ser bastante numerosas, por lo que dormían muchas personas juntas. El mismo Lucas nos lo sugiere cuando Jesús, hablando de la oración, dice: imaginad una persona que en la madrugada llama a la puerta del amigo para solicitarle ayuda. Desde dentro, el amigo le invita a marcharse, porque para levantarse tiene que despertar a los que allí duermen.

Entonces, en esta habitación donde todos duermen, no hay sitio para ellos. ¿Por qué motivo? Porque la ley, expresión nefasta de la religión, señalaba que la mujer quedaba impura en el momento del parto. El parto, el momento más hermoso en que se toca con mano el milagro de la creación, se había convertido en causa de impureza y suciedad a los ojos de la religión. La religión es realmente enemiga del hombre. Así pues, cuando la mujer daba a luz un niño era impura por 7 días (o 14 días, si se trataba de una niña), y después, durante 33 días tenía que hacer abluciones para purificarse (66 días en caso de haber tenido una hija). El parto impedía, pues, la comunión con Dios: el milagro de la vida se había convertido en obstáculo para el encuentro con Dios. ¡Cosas realmente absurdas!

Entonces, volviendo al evangelio, ¿por qué se nos dice que no había sitio para ellos? Porque la mujer que da a luz no puede estar en medio de los demás, siendo impura, contamina todo lo que toca y a todos los que se le acercan. Por eso, María y Jesús son colocados en esa parte interior de la casa, que después de todo era la más limpia por conservarse allí los alimentos. El niño yace sobre la paja destinada a servir de alimento para los animales de la familia. Es una descripción muy sobria, ocupa apenas dos versículos, y sirve para preparar la increíble novedad

que ahora nos viene presentada.

“Había unos pastores en aquella misma comarca”, los pastores de la época no tienen nada que ver con nuestras figuras del belén, donde aparecen representados de modo un tanto romántico, siempre tan hermosos y compuestos, con los corderitos en sus espaldas. Veamos, por el contrario, quiénes eran los pastores. Es significativo que la espera mesiánica del pueblo estipulaba que una de las diez cosas que el Mesías haría nada más llegar sería eliminar a todos los pecadores. Y entre los pecadores, el primer puesto de la lista correspondía precisamente a los pastores. ¿Por qué? Bien, imaginad qué personas podían ejercer el oficio de pastores en aquellos tiempos. Personas que viviendo entre bestias, estaban embrutecidas, y eran consideradas criminales, ladrones. Se robaban las bestias unos a otros, se sucedían los crímenes y los actos vandálicos, tanto que el libro sagrado del pueblo hebreo, el Talmud los definía no-personas.

No gozaban de ningún derecho civil, para ellos no había esperanza alguna de resurrección ni de salvación. Se esperaba solo que el Mesías los aniquilara. Los pastores, embrutecidos por el trabajo, no tenían obviamente ni el tiempo ni la posibilidad de realizar las purificaciones cotidianas ni de frecuentar el templo. En suma, decir pastores equivalía a decir bandido, criminal, pecador.

Bien, los pastores de esa comarca *“...pernoctaban al raso y velaban por turno para guardar su ganado. El ángel del Señor se presentó ante ellos”*, lo recuerdo una vez más, el ángel del Señor es una expresión que indica a Dios mismo cuando entra en contacto con los seres humanos. Conociendo los salmos, como por ejemplo el salmo 37 que habla de la destrucción de todos los pecadores, y otros similares (el Señor se levanta por la mañana y destruye a todos los pecadores de la tierra), uno pensaría que ha llegado la hora del exterminio de los pastores. Dios se presenta ante ellos para aniquilarlos sin contemplaciones. Un fuego devorador envuelve a los pastores, que son eliminados por completo, sería el desenlace esperado. Pero he aquí la novedad asombrosa. Lucas nos dice que *“la gloria del Señor los envolvió en su fulgor”*. La gloria del Señor es la manifestación visible, concreta de lo que él es, y el Señor no es más que amor.

Los pastores, imagen del pecador por excelencia, que habrían de ser objeto del castigo airado de Dios, no solo no son castigados por Dios, sino que los cubre con su amor. Estamos ante un paso decisivo en la conciencia del hombre. En la religión, viene presentado un Dios que castiga y que premia. Esta idea está presente todavía por desgracia en muchos cristianos. Pues bien, Lucas desmiente esta imagen. Dios es amor y el único modo que Dios tiene de relacionarse y comportarse con los hombres es realizar una comunicación incesante de amor.

Dios es solo comunicación incesante de amor, al margen de lo que el hombre haga o deje de hacer. Que el hombre nutra amor u odio hacia Dios no cambia para nada la actitud de Dios. Por eso, cuando se presenta ante los pecadores por excelencia que son los pastores, no los envuelve en su ira, sino en su amor. El evangelista Mateo dice que Dios es bueno con todos: con los buenos y también con los malvados. Dios es como el sol: sale para todos y brilla en favor de todos. Lucas da un paso adelante: de esta imagen de Mateo elimina a los buenos, para afirmar que Dios es bueno hacia los ingratos y los malvados.

Así es la actitud de Dios hacia los pecadores, hacia las personas que viven al margen de la ley, hacia las personas para las cuales no hay esperanza alguna de conversión. Dios no les da la espalda, no los aleja de sí, exigiendo que se purifiquen antes de acercarse a él. Dios hace lo contrario. Los envuelve con su amor, y es su amor el que los hace puros y limpios. La religión enseña que el hombre debe ser puro para acercarse a Dios. Jesús, al contrario, enseña: acoge al

Señor y serás purificado. Acoge al Señor así como eres, en tu pecado e impureza. La acogida del Señor te purificará.

Ayer hicimos mención al lavatorio de los pies que Jesús cumple. Es un gesto de enorme importancia, porque los pies eran la parte más sucia del cuerpo humano, ya que entonces se caminaba descalzos, sobre polvo, excrementos, fango, sudor. Bien, Dios no espera a que el hombre se purifique. Es él quien desciende a su altura para elevarlo hasta la suya. Esta es la gran novedad, el evangelio no es llamado buena noticia por casualidad. Es buena noticia para todas las personas que la religión discrimina, para aquellos que considera excluidos de Dios.

Bien, Dios salta por encima de la teología, se salta la moral, y no se presenta a los pecadores como el justiciero esperado. Al revés, *“la gloria del Señor los envolvió”*. Los pastores, sin embargo, quedan aterrados. Presienten que se acerca su fin, les han enseñado que Dios era vengador y justiciero. El ángel, entonces, debe esclarecer las cosas. *“Les dijo el ángel: no temáis. Pues he aquí que os traigo una buena noticia”*, la palabra evangelio significa buena noticia, pero ¿para quién es la buena noticia? ¿Para los justos? ¿Para los santos?

¡No! La buena noticia es para todas las personas que la religión ha marginado fuera del ámbito sagrado, son todas las personas que por su situación de vida no pueden acercarse al Señor. Para ellos, la buena noticia es una gran alegría que lo será para todo el pueblo. *“...os ha nacido hoy un salvador”*: pero ¿no tenía que nacer un justiciero? No, ha nacido el salvador, Jesús, manifestación visible de Dios, que no viene a juzgar sino a salvar. Todavía hoy muchas personas viven angustiadas, temerosas del juicio divino. Si estas personas leyesen el evangelio, verían que de parte de Dios no hay nada parecido a un juicio. Dios no juzga. Dios ama, y en el amor no hay espacio para juicios.

Dios no ha enviado su Hijo al mundo para juzgar al mundo, dice Juan en su evangelio, sino para salvar al mundo. No ha venido a condenar, sino a vivificar. Juan el Bautista, heredero de la tradición religiosa del antiguo testamento imagina al Mesías empuñando un hacha para cortar y quemar todo árbol que no da fruto. Jesús se distancia de este tipo de imágenes. ¿Un árbol que no da frutos? Bien, ¿queréis saber lo que yo hago? Le cavo alrededor, preparo bien la tierra, lo abono y espero uno, dos, tres años (tres significa un periodo de tiempo completo, definitivo). Jesús no ha venido a destruir, sino a dar vida a aquello que estaba muerto.

“... os ha nacido el salvador, que es Cristo, Señor”: ¿por qué aparecen estos dos términos? Porque Cristo, Mesías, es un término inteligible en el mundo hebreo; mientras que Señor, podía ser entendido en el mundo pagano. Jesús, manifestación de la salvación de Dios, es salvador de toda la humanidad.

“...en la ciudad de David. Y esto os servirá de señal: encontraréis al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre”. Jesús nace en una situación similar a la de los pastores: no se halla en un palacio real, sino con las bestias, como las bestias, exactamente igual que los pastores. *“Y de improviso se juntó con el ángel una gran multitud del ejército celestial, que alababan a Dios y decían: ¡gloria a Dios en las alturas!”*. En pasado, una traducción equivocada, expresión una vez más de la nefasta mentalidad religiosa, deformó el contenido del evangelio.

La gloria de Dios en las alturas significa la manifestación visible de Dios. Sin embargo, antes de la reforma litúrgica, se decía “paz en la tierra” ¿para quién? “a los hombres de buena voluntad”. En otras palabras, paz a quien se lo merece, a quien tiene buena voluntad. ¡Pero el

evangelio no dice eso! Aquí se desliza dentro de la interpretación popular del evangelio por la puerta de atrás la idea falsa de la religión de que el amor de Dios hay que merecerlo. Como véis, una ideología religiosa puede alterar incluso el significado del evangelio. Hoy día, por fortuna, la traducción es exacta: *“paz a los hombres que Dios ama”*.

Esta definición es muy importante. El término paz es derivado de la palabra hebrea shalom, que significa plenitud de vida. Así pues, paz no significa solo ausencia de conflictos. Significa todo aquello que contribuye a la plenitud de vida del hombre: la felicidad, la salud, el trabajo, el amor. Desmintiendo una tradición religiosa que presentaba a un Dios verdugo, un Dios que gozaba haciendo sufrir a los hombres, que castigaba enviando desgracias, el evangelista nos dice que la paz y la felicidad de los hombres forman parte del proyecto de Dios. Dios se hace visible cuando el hombre es feliz.

Es importante esta definición, y lo digo porque hay mucha gente que no vive serena, ni siquiera en los momentos de paz y tranquilidad que hay en la vida, porque temen que Dios pueda enviarles algún contratiempo o punición que les prive del bienestar de que gozan. En el lenguaje popular, esto se traduce diciendo que cada uno tiene su cruz. Sería como una espada de Damocles de este Dios envidioso de la felicidad de los hombres, que no deja que la gente sea demasiado feliz.

Pues bien, el evangelista se opone frontalmente a este tipo de visión, y nos presenta un Dios cuyo objetivo es que el hombre sea feliz, aquí en esta tierra y en el más allá. No tiene sentido decir: sufre aquí, porque después serás feliz allí arriba. ¡No!. Dios desea que el hombre alcance la plenitud de la felicidad aquí, en esta existencia, y es por ello que Jesús tiene necesidad de nuestra colaboración.

El anuncio de Lucas es muy claro: la gloria de Dios, es decir, la manifestación visible de Dios, se refleja en la plenitud de vida de los hombres, los cuales son objeto de su amor. No hay ni un solo individuo que, por su comportamiento, pueda ser detestado o rechazado por el Señor. La paz, por ello, no es mérito de los hombres, sino un deseo de Dios que se hace regalo para todos los que él ama.

“Al partir los ángeles para el cielo, los pastores se decían unos a otros: vayamos, pues, a Belén y veamos este acontecimiento que el Señor nos ha dado a conocer”.

Y ahora viene la sorpresa para los progenitores de Jesús. *“Fueron a toda prisa, y hallaron a Maria y a José, y al niño acostado en el pesebre. Y habiéndole visto, dieron a conocer lo que se les había dicho sobre el niño”*. Notad lo que dice el evangelista: *“todos los que los oyeron se maravillaron de las cosas que les habían dicho los pastores”*. Todos, incluidos Maria y José. Pero, ¿por qué se asombran todos? ¡Porque hay algo que no encaja! Había toda una tradición religiosa que hablaba de un Dios que detestaba y quería exterminar a los pecadores, el pueblo esperaba a un Mesias justiciero que, a su llegada, los aniquilaría. Ahora, sin embargo, se presentan ante ellos los pecadores por excelencia, los pastores, diciendo que han quedado envueltos por el amor del Señor y que Dios les ha anunciado el nacimiento del que sería la salvación para todos.

Todos, comprendida Maria, se maravillan de esto. Este es el inicio del estupor, de la incompreensión por parte de Maria y por parte de José. Varias veces dice el evangelista que no comprendían estas cosas y en esto reside la grandeza de María, porque se encuentra con algo del todo nuevo, algo inaudito. El Hijo le presenta un Dios diferente del que había conocido a través de la religión. Es por esto que en el evangelio más antiguo, el de Marcos, en un episodio de

tintes dramáticos, María y todo el clan familiar deciden ir a prender a Jesús, convencidos de que había perdido la cabeza, ya que se comportaba exactamente como un enemigo de Dios.

Los sacerdotes decían de él que era un demonio, un endemoniado, un herético, un blasfemo. Los familiares, sabedores que Jesús no era un blasfemo, piensan que ha perdido la cabeza. En esto consiste la grandeza de María: en el hecho de que, aun no comprendiendo, sigue adelante y es capaz de convertirse en discípula de su hijo. La grandeza de María no consiste en haber dado a la luz a Jesús, sino en haber llegado a ser discípula aventajada. Todos estaban desconcertados, pero María *“guardaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón”*. En el mundo hebreo, el corazón es la mente. También María está trastornada, hay algo que la desborda y no comprende, pero no lo rechaza. Piensa, medita, reflexiona en su corazón.

“Volvieron los pastores”. Aquí, Lucas escribe algo increíble, algo extraordinario. En el mundo hebreo se pensaba a Dios en la esfera de la máxima santidad, desde donde irradiaba su santidad y pureza. Los seres más cercanos a él eran los ángeles, llamados “del servicio”. Estos seres, los más puros, los más cercanos al Señor, tenían la tarea de alabar y de glorificar al Señor. Fijaos lo que escribe el evangelista: *“Volvieron los pastores, alabando y glorificando a Dios, por todas las cosas que habían visto y oído, conforme les había sido anunciado”*.

El evangelista hace una afirmación realmente clamorosa: después de hacer la experiencia del Dios amor, todas las personas, incluso los pastores, que la religión consideraba alejados de Dios, pueden tener un contacto íntimo, estrecho con Dios y pueden alabar y glorificarlo, como hacían los ángeles del servicio. Y aun más asombroso resulta que el ángel no les haya conminado a cambiar de oficio. No, ellos siguen siendo pastores, no tienen que dejar de serlo. Y de ahí el desconcierto que acompaña la lectura del evangelio. Pues, ¿por qué Jesús perdona y acoge a los publicanos, otro ejemplo de pecadores, sin reclamarles que cambien de trabajo?

Lucas nos presenta más adelante un ejemplo todavía más escandaloso, el episodio de la prostituta anónima que se acerca a dar las gracias a Jesús porque se siente ya perdonada por su amor, y Jesús le confirma el perdón. De haber sido Jesús una persona pia y devota, tendría que haberle dicho: bueno, te perdono, pero cambia pronto de trabajo. Pero Jesús guarda silencio al respecto. Podemos preguntarnos entonces, ¿es posible seguir viviendo en una situación que la moral y la religión consideran pecaminosa e irregular, y, al mismo tiempo, ser amados por el Señor?

Esta es la inquietante pregunta que nos deja el evangelio. Jesús no demanda a los pecadores y a las prostitutas que cambien de oficio. Resulta posible seguir ejerciendo la prostitución y ser grata al Señor. Como veis, son argumentos que desconciertan e inquietan. Hemos visto, de hecho, que los pastores, una vez que han quedado envueltos por el amor de Dios, desarrollan la misma acción que desarrollaban los ángeles del servicio, los seres más cercanos a Dios. Una vez que se ha experimentado su amor, la relación con Dios es de intimidad.

No tenemos tiempo para continuar. Permitidme solo una breve alusión a un episodio bastante dramático, que, como siempre sucede, las tradiciones religiosas han vaciado de su contenido, convirtiéndolo en un relato pio sin más incisividad. Es el famoso episodio del encuentro de María, José y Jesús con Simeón en el templo de Jerusalén.

Escribe el evangelista que *“cuando se les cumplieron los días de su purificación”*, es decir, que María y José no se han liberado aún de la mentalidad religiosa. Siguen todavía sujetos a la

ley y piensan que el parto del hijo les ha hecho impuros, *“según la ley de Moisés”*. La ley ya ha empezado a ser un obstáculo desde el nacimiento de Jesús. La ley es el gran enemigo de Dios, *“lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor; según está escrito en la ley del Señor, que todo varón primogénito será consagrado al Señor”*.

Por tanto, se dirigen al templo de Jerusalén para hacer la ofrenda al Señor. Es la idea de la religión: las personas tienen que ofrecer para ser gratas a Dios, es la idea que Jesús destruirá. En el evangelio de Juan, Jesús entra en el templo y expulsa a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas. Pero después dirige su ira solamente hacia los vendedores de palomas. Solo a ellos les dice que no conviertan la casa de su padre en un lugar de comercio, en un mercado. Jesús les increpa airadamente porque las palomas eran la ofrenda que los más pobres podían ofrecer al Señor, para obtener su beneplácito. De este modo, quedaba prostituido el amor de Dios: el amor de Dios se obtenía pagando, y Jesús esto no lo podía tolerar. No puede admitir que se venda el amor de Dios.

María y José tendrán que recorrer aun un largo camino para acoger plenamente la novedad de Jesús, porque son hijos de su tiempo, herederos de sus tradiciones religiosas. Sin embargo, mientras que la ley los empuja hacia el templo, otra fuerza los impulsa en la dirección opuesta: es el Espíritu Santo. El Espíritu y la ley no se pueden soportar, uno exige la eliminación del otro.

Escribe entonces el evangelista: *“he aquí que había un hombre”*, contrariamente a nuestras tradiciones y creencias populares, aquí no se dice que fuera viejo. En sus palabras, Simeón afirma ciertamente que ahora puede morir en paz, pero esto no significa que fuera viejo. Puede querer decir: ahora finalmente me quedo tranquilo: *“en Jerusalén llamado Simeón. Este hombre era justo y temeroso de Dios, y aguardaba la liberación de Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él”*: es el hombre del Espíritu *“y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Ungido del Señor”*.

Como véis, esto no significa que Simeón fuese necesariamente anciano; le había sido revelado, solamente, que no moriría sin haber visto al Señor. Por tres veces ha sido nombrada la ley y por tres veces –el número tres significa completo– es nombrado el Espíritu: *“y vino al templo impulsado por el Espíritu. Cuando sus padres llevaban al niño Jesús para cumplir las prescripciones usuales de la ley referidas a él”*. Estamos ante el conflicto entre la ley y el Espíritu. *“Simeón lo tomó en brazos”*. La escena es dramática: María y José llevan al niño para ofrecerlo al Señor. Simeón, el hombre del Espíritu, se lo quita de los brazos, porque el Espíritu quiere impedir un rito inútil e ineficaz.

Jesús ha sido llamado Santo ya desde el seno de su madre: si es así, ¿qué necesidad tiene de ser consagrado de nuevo? María es pura por excelencia: ¿qué necesidad tiene de ser purificada? Simeón, animado por el Espíritu, intenta impedir un rito inútil. Así pues, no es la imagen de un anciano cariñoso que acaricia cándidamente a un bebé. ¡Estamos ante un acontecimiento dramático! Simeón se lo arranca de los brazos a los padres para impedir una aberración. Y aún nos espera otra novedad.

“Ahora deja ir a tu siervo en paz, Señor; según tu palabra; porque mis ojos han visto tu salvación, que has preparado ante todos los pueblos, luz para iluminar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel”. Con la palabra “naciones” se entienden los pueblos paganos. Según la tradición, el Mesías inauguraría el reino de Israel y dominaría a los paganos. Simeón, el hombre del Espíritu, dice no, el niño está para iluminar a los paganos, no para destruirlos. Ha venido para ser luz del mundo, sin ninguna excepción. Los paganos son admitidos, no en el reino de

Israel, sino en el reino de Dios. Todo esto resulta sorprendente. De hecho, notad como se repite el estribillo : “su padre y su madre estaban asombrados por las cosas que se decían de él».

“Simeón los bendijo y dijo a Maria, su madre: he aquí que éste está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel y como signo de contradicción”. Después, la bendición se transforma en aviso de catástrofe: *“...y a ti misma una espada te traspasará el alma, para que salgan a la luz los pensamientos del fondo de muchos corazones”*. No es una referencia a los dolores que Maria sufrirá en su existencia, no es una referencia a la muerte de Jesús, esta espada es la espada de la palabra, la que traspasa el corazón y la vida de las personas.

¿Y María? Toda su vida será traspasada por la palabra de su hijo. Maria deberá elegir: o permanece con el clan y abandona a Jesús, el demente, a su destino, o bien acoge su palabra. Pero ¿sabéis lo que significaba para una mujer de esa época abandonar el clan familiar? Solo las prostitutas viven fuera del clan familiar. Maria, entonces, se carga de la cruz, esa que Jesús puso como condición a sus seguidores para ir tras de él.

En el evangelio de Marcos, María y los parientes de Jesús pretenden apoderarse de él porque piensan que ha perdido la cabeza. Es un episodio de una enorme tensión. Llega el grupo de los familiares mientras Jesús está en una casa rodeado de personas que lo escuchan. Los familiares permanecen fuera y mandan a llamarlo. ¿Por qué no entran ellos en la casa? ¡Porque no quieren contaminarse! Jesús está rodeado de “gentuza”, pecadores, no creyentes. La respuesta de Jesús es tajante: ¡estos son mis verdaderos parientes! Y esta es la espada que traspasa el alma de Maria.

¿Quién es mi madre, quiénes son mis hermanos? ¿Esos que se avergüenzan de mí, el loco de la casa? *“He aquí quiénes son mi madre y mis hermanos, y mirando alrededor...”*. No mira ni a Maria, ni a los parientes, mira a aquellos que están a su alrededor, o sea, no creyentes, personas que están fuera de la ley, *“todos los que cumplen la voluntad del Padre.”*

Esta es la espada que traspasa la vida de María, la palabra de su Hijo, una palabra que la coloca ineludiblemente ante una elección: o escoge la seguridad que le da el clan familiar abandonando a Jesús a su suerte, u opta por el hijo, lo que será para ella motivo de difamación, injurias y calumnias. Junto a la cruz, Maria no está presente como una madre que sufre por su hijo, sino como una discípula dispuesta a sufrir con su maestro, dispuesta a afrontar la misma muerte que él.

Así pues, Lucas sugiere que Maria debe avanzar con mucha fatiga y dolor, poco a poco, en el camino de la fe. Pero este camino la llevará, en el culmen de su existencia, hasta los pies de la cruz de Jesús. Bien, hemos terminado. Espero que hayáis podido apreciar que los evangelios de la infancia no son cosas de niños, sino un concentrado excepcional de la teología de Mateo y de Lucas.